

Henrik Ibsen

La Unión
de la Juventud



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA UNIÓN DE LA JUVENTUD

HENRIK IBSEN

PUBLICADO: 1869

FUENTE: [HTTPS://ARCHIVE.ORG](https://archive.org)

TRADUCCIÓN: JOSÉ RAMÓN PÉREZ BANCES

**EDICIÓN ORIGINAL: DRAMAS DE ENRIQUE IBSEN, T. I
(MADRID, PERLADO, PÁEZ Y C.^a, 1914)**

PERSONAJES

- MALSBERG, dueño de una fundición.
- AGNES, su hija.
- ERICH, su hijo, comerciante y abogado.
- SELMA, su mujer.
- DOCTOR FELDER, médico de la fundición.
- STEINHOFF, abogado.
- MONSEN.
- BASTIÁN, su hijo.
- HERTHA, su hija.
- HELLE, profesor en casa de Monsen.
- RINGDAL, administrador de la fundición.
- DRANSFELT.
- DANIEL HEIRE.
- SEÑORA RUNDHOLM, dueña de una fonda.
- BAHLMANN, impresor.
- UNA CRIADA.
- UN CAMARERO.
- LA CRIADA DE LA SEÑORA RUNDHOLM.
- Pueblo, invitados de Malsberg, etc.

La acción en la fundición del gentilhombre Malsberg, en las cercanías de una ciudad comercial de la Noruega meridional.

Derecha e izquierda, del actor.

ACTO PRIMERO

Fiesta popular en la tarde del 17 de mayo, aniversario de la Constitución noruega. Un campo. Al fondo, baile y música. De los árboles cuelgan farolillos de abigarrados colores. En el medio, algo hacia atrás, hay una tribuna. A la derecha, la entrada a una gran tienda de campaña, donde se venden bebidas; delante de esta, una mesa con bancos. En primer término, al otro lado, una segunda mesa adornada con flores y rodeada de sillas. Una gran multitud. Dransfelt, con la cinta del Comité en el ojal, está en la tribuna. Ringdal, también con la cinta, en la mesa de la izquierda.

DRANSFELT.—...Y por eso, amigos míos, debemos dar un viva a nuestra libertad. ¡Tal como la hemos heredado de nuestros padres, así queremos transmitírsela a nuestros hijos! ¡Viva el aniversario de nuestra libre Constitución! ¡Viva el 17 de mayo!

LA MULTITUD.—¡Viva, viva!

RINGDAL.—(*Mientras Dransfelt baja de la tribuna.*) ¡Viva Dransfelt!

ALGUNAS VOCES.—¡Fuera, fuera!

MUCHAS VOCES.—(*Que ahogan las protestas.*) ¡Viva Dransfelt! ¡Viva el viejo Dransfelt! ¡Viva!

(*El auditorio se dispersa. Monsen, su hijo Bastián, Steinhoff y Bahlmann se abren paso por entre la masa hasta el primer término.*)

MONSEN.—Está de veras anticuado.

BAHLMANN.—Ha vuelto a hablar de política local. ¿Ha visto usted?

MONSEN.—Es el mismo discurso de todos los años. Venga usted por aquí...

STEINHOFF.—No, no; fuera no, señor Monsen. ¿No ve usted que perdemos de vista a su hija?

MONSEN.—No tenga usted miedo; ya nos encontrará.

BASTIÁN.—No hay que preocuparse. Helle está con ella.

STEINHOFF.—¿Helle?

MONSEN.—Sí, Helle. (*Le da amistosamente en el hombro.*) Pero yo estoy con usted. Venga usted, pues. Aquí podremos hablar con más detalle sobre lo que... (*Entretanto se ha sentado en la mesa de la izquierda.*)

RINGDAL.—(*Llegándose a él.*) Perdone usted, señor Monsen; esta mesa está reservada...

STEINHOFF.—¿Para quién?

RINGDAL.—Para el gentilhombre y su familia.

STEINHOFF.—¿Cómo? Si no está nadie aquí.

RINGDAL.—Pero esperamos que lleguen a cada momento.

STEINHOFF.—Pues que se sienten en otro sitio los señores. (*Coge una silla.*)

DRANSFELT.—(*Poniendo una mano sobre la mesa.*) No; ya se les ha dicho que la mesa estaba reservada.

MONSEN.—(*Levantándose.*) Venga usted, señor Steinhoff. Nos sentaremos en la otra. (*Se va hacia la derecha.*) ¡Camarero!... Bueno; tampoco hay camareros. Pues de eso hubiera debido cuidarse el Comité. ¡Oh, Bahlmann!, ¿quiere usted ir allá adentro y pedir una botella de *champagne*? Pídale usted del mejor. Diga que Monsen paga.

(*Bahlmann entra en la tienda de campaña; los demás se sientan.*)

DRANSFELT.—(*Viene hacia ellos y se dirige a Steinhoff.*) No debe usted tomar a mal...

MONSEN.—¡Por Dios! ¡Nada de eso!

DRANSFELT.—(*Siempre dirigiéndose a Steinhoff.*) Estamos en la propiedad del gentilhombre; ha puesto a nuestra disposición parque y jardín, y por eso creímos...

STEINHOFF.—Estamos aquí perfectamente, señor Dransfelt...; con tal que se nos deje tranquilos...

DRANSFELT.—(*Amistosamente.*) ¡Oh, entonces todo marcha bien! (*Se va hacia el fondo.*)

BAHLMANN.—(*Saliendo de la tienda.*) El vino viene enseguida. (*Se sienta.*)

MONSEN.—¡Una mesa especial... bajo la vigilancia del Comité de fiesta! ¡Y eso en el día de la conmemoración de la libertad! ¡Ahí tiene usted una muestra de cómo andan las cosas entre nosotros!

STEINHOFF.—Pero ustedes..., ¿cómo soportan eso?

MONSEN.—Tradición heredada.

BAHLMANN.—Usted es nuevo en el país, señor Steinhoff; pero si conociese usted nuestra política local...

CAMARERO.—(*Trayendo champagne.*) ¿Lo han pedido ustedes, verdad?

BAHLMANN.—Sí; vaya usted sirviéndonos.

CAMARERO.—Va a cargo de usted, ¿no es verdad, señor Monsen?

MONSEN.—Todo. No tengas cuidado. (*El camarero se va. Monsen choca su vaso con el de Steinhoff.*) ¡Que sea usted bienvenido entre nosotros, señor abogado! Me alegra muchísimo haberle conocido. Hemos leído muchos artículos de usted en los periódicos. Usted tiene un gran talento de orador y corazón para interesarse por el bien común. ¡Oh! ¡Si quisiera usted meterse de veras, con gana y con valor, en..., hum..., en...!

BAHLMANN.—En la política local.

MONSEN.—Eso es; en la política local. ¡Bebamos por que sea así! (*Beben.*)

STEINHOFF.—Gana y valor no han de faltarme.

MONSEN.—¡Bravo! ¡Otro vaso por esa promesa!

STEINHOFF.—No; ya he bebido antes...

MONSEN.—¡Qué importa eso! ¡Venga otro vaso digo! (*Chocan los vasos y beben otra vez. Durante la conversación que sigue, Bastián llena sin cesar las copas.*) Ahora..., puesto que hemos tocado el tema..., tengo que decirle una cosa. En realidad, no es el gentilhombre el que nos tiene sometidos. No; el viejo Dransfelt está detrás de él y tira de la cuerda.

STEINHOFF.—Lo he oído ya varias veces. Pero no comprendo cómo un liberal...

MONSEN.—¿Dransfelt? ¿Llama usted liberal a Cristián Dransfelt? Sí; tenía un barniz liberal... allá en su juventud, cuando se trataba de trepar.

STEINHOFF.—Pero con todos estos abusos sería preciso acabar.

BAHLMANN.—Claro que sí, señor Steinhoff... ¡Usted es el hombre indicado para ello! Mi periódico está a su disposición.

MONSEN.—Pero si es que ha de hacerse algo, tiene que ser pronto. Las elecciones están ya al caer.

STEINHOFF.—¿Y no serían un impedimento para usted, en el caso de que fuera elegido, los muchos asuntos privados a que tiene que atender?

MONSEN.—Sin duda que mis asuntos privados padecerían en ese caso. Pero si se estimase que era necesario para el bien público, naturalmente estaría dispuesto a dejar a un lado consideraciones personales.

STEINHOFF.—Bien dicho. En cuanto a lo demás, un partido lo tiene usted; eso ya lo he observado.

MONSEN.—Creo que la nueva generación, deseosa de obrar...

BAHLMANN.—¡Chist, chist! Me parece que nos espían.

(*Heire sale de la tienda de campaña. Es corto de vista; mira a su alrededor, y va hacia la mesa.*)

HEIRE.—¿No podrían ustedes darme una silla vacía? Quisiera sentarme allá adelante.

MONSEN.—Como usted ve, aquí no hay más que bancos fijos. Pero ¿por qué no se sienta usted a nuestra mesa?

HEIRE.—¿Ahí? ¿En esa mesa? Con mucho gusto. (*Se sienta.*) ¡Vaya, vaya! *Champagne*, ¿no?

MONSEN.—Sí, señor. ¿No quiere usted beber una copa con nosotros?

HEIRE.—¡No, gracias! El *champagne* de la señora Rundholm... Bueno; una copita sí la tomaría por ustedes...; ahora, que ¿de dónde saco la copa?

MONSEN.—Bastián, ve y tráete una.

BASTIÁN.—¡Oh, Bahlmann, traiga usted una copa!

(*Bahlmann entra en la tienda. Pausa.*)

HEIRE.—Espero que no les habré cortado la conversación. ¡De ningún modo quisiera...! Gracias, Bahlmann. (*Saludando a Steinhoff.*) Una cara nueva. ¿Hace poco que está usted aquí? Supongo que será usted el abogado Steinhoff.

MONSEN.—Perfectamente. (*Presentando.*) El abogado Steinhoff... El señor Daniel Heire...

BASTIÁN.—Capitalista.

HEIRE.—Ex capitalista es más exacto. Ahora me he desprendido de todo. Me he descargado estoy por decir. Sí, señor; no crea usted que haya hecho bancarrota.

MONSEN.—Beba usted, beba usted, para que no se le vaya la espuma.

HEIRE.—Pero, sabe usted, malas pasadas que me han jugado algunos pícaros... Bueno. Espero que no sea más que una calamidad pasajera. Cuando hayan terminado mis pleitos le tocará su vez al ilustre señor zorro. ¡Salud! Qué, ¿no bebe usted?

STEINHOFF.—¿Me permite usted que antes le pregunte quién es el ilustre señor zorro?

HEIRE.—¡Ah! No ponga usted esa cara tan difícil. ¿A que se ha creído usted que me refería al señor Monsen? No; al señor Monsen no se le puede llamar ilustre. Me refiero al gentilhombre Malsberg, mi antiguo amigo de la juventud.

STEINHOFF.—¿Qué dice usted? Yo tengo por seguro que en asuntos de negocios el gentilhombre es un hombre de honor.

HEIRE.—¿Lo cree usted así, joven?... Hum... Bueno... (*Se aproxima a él.*) Hace unos veinte años valía yo una tonelada de oro. Heredé de mi padre un gran patrimonio. Pero el dinero se me fue de entre las manos no sé cómo. ¡Lo que yo habré gastado por la Ciencia y el Arte! ¡Y a cuántos talentos jóvenes habré protegido!

(*Bahlmann se levanta.*)

MONSEN.—¿Qué es eso? ¿Quiere usted dejarnos?

BAHLMANN.—Quiero moverme un poco. (*Se va.*)

HEIRE.—(*A media voz.*) Ese es uno de tantos. Saqué de él lo que de los demás. ¿Sabe usted que le hice estudiar un año entero?

STEINHOFF.—¿De veras? ¿Ha estudiado Bahlmann?

HEIRE.—Como el joven Monsen...; no salió nada de él; como... Bueno... Lo que le decía a usted: tuve que abandonarle pronto; enseguida noté esa afición desdichada a los licores.

MONSEN.—Pero se separa usted completamente de lo que quería contarle al señor Steinhoff del gentilhombre.

HEIRE.—¡Oh, es una historia muy larga! Cuando mi padre estaba en lo mejor de su posición, el viejo gentilhombre, el padre del actual, iba en decadencia. Falta de dinero, imprevisión, le obligaron a vender su posesión.

STEINHOFF.—¿Y su padre de usted la compró?

HEIRE.—La compró y la pagó. ¿Y qué ocurrió? Yo recibo mi herencia. Hago miles de mejoras en la posesión...

BASTIÁN.—¡Naturalmente!

HEIRE.—¡Salud!... Decía que miles de mejoras; entresaco los bosques; pasan una porción de años, y un buen día viene el señor gentilhombre, el actual, e invalida el contrato.

STEINHOFF.—Pero, querido señor Heire, eso podía usted haberlo impedido.

HEIRE.—¡No tan fácilmente! Según él, faltaban algunas pequeñas formalidades. Además, por aquel entonces me encontraba yo en un apuro mo-

mentáneo de dinero, que poco a poco se fue transformando en crónico. ¿Y adónde se puede ir hoy sin capital?

MONSEN.—Perfectamente. Y a veces ni con capital se va muy allá. Eso lo sé yo bien. Hasta mis inocentes hijos...

BASTIÁN.—(*Dando un puñetazo sobre la mesa.*) ¡Padre!... ¡Si cogiera yo aquí a ciertas gentes!...

STEINHOFF.—¿Sus hijos dice usted?

MONSEN.—Claro que sí. Ahí está Bastián, por ejemplo. ¿No ha aprendido en serio? ¿No es ingeniero civil? ¿Y a quién se encargan los trabajos comunales, la construcción de caminos? A extranjeros..., por lo menos a forasteros...; en una palabra, a gentes de quienes nada se sabe.

HEIRE.—Sí, aquí reina una administración escandalosa. Esta primavera, para provisión del puesto de administrador de la Caja de Ahorros, se prescindió del señor Monsen y se eligió a una persona que entendió la cosa..., que supo meter la mano en la caja..., lo que sin duda no puede decirse de nuestro espléndido anfitrión. ¡Una vergüenza! ¡Salud!

MONSEN.—¡Gracias! Pero, para hablar de otra cosa..., ¿cómo andan sus muchos pleitos?

HEIRE.—Todo está bien preparado; por el momento no puedo decirle nada más. ¡Y qué abusos cometen conmigo! La semana próxima me veré obligado, por desgracia, a citar ante los árbitros a todo el Ayuntamiento.

BASTIÁN.—¿Es verdad lo que dice la gente, que una vez se citó usted a sí mismo?

HEIRE.—Sí, pero no comparecí.

MONSEN.—¿Cómo que no compareció usted?

HEIRE.—Tenía una excusa legal. Tenía que pasar el río, y desgraciadamente esto ocurría en el año en que Bastián construyó el puente... Ya sabe usted, el que desapareció en las ondas.

BASTIÁN.—¡Maldito sea!...

HEIRE.—¡Tranquilidad, muchacho! Hay aquí muchos que estiran el arco hasta que rompe... el arco del puente... ¡Bueno, basta!

MONSEN.—¡Sí, basta! ¡Beba usted otra copa! (*A Steinhoff.*) Ya ve usted que el señor Heire tiene el privilegio de decir lo que le plazca.

HEIRE.—El derecho de la libre emisión del pensamiento es el único de los derechos del ciudadano al que yo concedo valor.

STEINHOFF.—¡Lo malo es que ese derecho está limitado en las leyes!

HEIRE.—¡Oh! ¿El señor abogado está ya viendo una causa por injurias? ¡Pues tenga usted cuidado, amigo mío! Yo soy un práctico viejo.

STEINHOFF.—¿En lo de decir injurias?

HEIRE.—¡Perdone usted, joven! El malestar que usted siente honra a su buen corazón. Le ruego olvide que un viejo, en un momento de expansión, ha hablado sinceramente de sus amigos ausentes.

STEINHOFF.—¿Amigos ausentes?

HEIRE.—Sin duda que el hijo merece todas las consideraciones... ¡Bueno, basta!... Y la hija también. Y porque yo haya arrojado una mancha sobre el carácter del gentilhombre...

STEINHOFF.—¿Del gentilhombre? ¿Llama usted amigos míos al gentilhombre y a su familia?

HEIRE.—Hombre, yo creo que a los enemigos no se les visita.

MONSEN.—¿Ha visitado usted al gentilhombre?

STEINHOFF.—¡Eso es falso! ¡Es una calumnia!

HEIRE.—De veras lo siento en el alma. ¿Pero cómo podía yo adivinar que era un secreto? (*A Monsen.*) Por lo demás, no debe usted tomar tan a la letra mis palabras. Al decir visita, no me refiero más que a una mera visita de ceremonia... con frac y chistera; pero...

STEINHOFF.—¡Y yo le aseguro a usted que no he hablado una sola palabra con esa familia!

HEIRE.—Es posible. ¿Tampoco le recibieron a usted la segunda vez? Porque la primera no le recibieron; eso ya lo sé.

STEINHOFF.—(*A Monsen.*) Tenía que entregarle una carta que me habían dado para él; eso es todo.

HEIRE.—(*Poniéndose en pie.*) ¡De veras que es para indignarse! Llega un muchacho joven lleno de confianza en la vida, busca en su casa al hombre de experiencia, se dirige a él, que tiene poder para... ¡Bueno, basta! (*Indignado.*) Es una grosería vergonzosa.

STEINHOFF.—Deje usted en paz esa historia aburrida.

HEIRE.—¡No está en casa! ¡Él, que dice que para las personas decentes siempre está en casa!

STEINHOFF.—¿Dice eso?

HEIRE.—Una cosa por el estilo. Al señor Monsen no le recibe tampoco. Pero no comprendo por qué le odia a usted de ese modo. ¿Sabe usted lo que oí anoche?

STEINHOFF.—No quiero saber nada de lo que usted haya podido oír.

HEIRE.—¡En ese caso, punto final!... Lo que no comprendo es por qué habrá añadido intrigante.

STEINHOFF.—¿Intrigante?

HEIRE.—Si usted me obliga a decírselo, tengo que confesarle que el gentilhombre le llamó a usted caballero de fortuna e intrigante.

STEINHOFF.—(*Dando un salto.*) ¡Cómo! ¿Le ha oído usted decir eso?

HEIRE.—¿Yo? Si yo hubiera estado allí, tenga usted por seguro que no hubiera dejado de defenderle como se merece.

MONSEN.—Vea usted lo que resulta cuando...

STEINHOFF.—¿Pero cómo se ha atrevido el desvergonzado a...?

HEIRE.—¡Bueno, bueno! No hay que apresurarse. Seguramente lo pensaba figuradamente nada más. Además, mañana puede usted pedirle explicaciones. Porque estará usted invitado al gran banquete; ¿verdad?

STEINHOFF.—No estoy invitado a ningún banquete.

HEIRE.—¡Dos visitas y ni una sola invitación!

STEINHOFF.—Caballero de fortuna e intrigante... ¿Pero a qué se refería con eso?

MONSEN.—¡Allí viene! En nombrando al ruin de Roma, luego asoma. Ven, Bastián. (*Se va con Bastián.*)

STEINHOFF.—¿Qué quería decir con eso, señor Heire?

HEIRE.—No puedo decírselo a usted; no sé... ¿Pero sufre usted? Venga esa mano, amigo mío. Y perdóneme el que le haya hecho daño con mi franqueza. Créame usted: todavía le quedan a usted muchas experiencias amargas en su vida. Es usted joven, está usted lleno de confianza. Eso es hermoso, es casi conmovedor; pero, pero... la confianza es plata y la experiencia es oro... ¡Esta máxima es de mi invención! Con Dios. (*Se va.*)

(*Malsberg, Agnes y Felder vienen por la izquierda.*)

DRANSFELT.—(*En la tribuna, tocando la campanilla.*) El señor Ringdal, director de la fundición, tiene la palabra.

STEINHOFF.—¡Señor Dransfelt, pido la palabra!

DRANSFELT.—Después la tendrá usted.

STEINHOFF.—¡No, ahora! ¡Enseguida!

DRANSFELT.—Ahora no es posible. Ahora tiene la palabra el señor Ringdal.

RINGDAL.—(*Desde la tribuna.*) ¡Señores! En este momento tenemos la honra de ver entre nosotros al hombre de pródiga mano y corazón abierto...; al que desde tantos años miramos como a un padre; al que está siempre dispuesto a ayudarnos con su consejo y con su colaboración, cuya puerta no está nunca cerrada para las personas honradas; al que... Señores, nuestro ilustre huésped no gusta de largos discursos. Por eso termino con un ¡viva el gentilhombre Malsberg y su familia!

LA MULTITUD.—¡Viva! ¡Viva! (*Estruendoso júbilo; la multitud rodea al gentilhombre, que da las gracias y estrecha la mano a los más inmediatos.*)

STEINHOFF.—¡Ahora va a saber quién soy yo! (*En alta voz.*) ¿Tengo ahora yo la palabra?

DRANSFELT.—¡No faltaba más! La tribuna está a su disposición.

STEINHOFF.—(*Saltando encima de la mesa.*) ¡Aquí mismo erijo mi tribuna!

LOS JÓVENES.—(*Agrupándose en derredor.*) ¡Bravo!

MALSBERG.—(*A Felder.*) ¿Quién es ese hombre con esas maneras?

FELDER.—Es Steinhoff, el abogado.

MALSBERG.—¡Ah, ese!

STEINHOFF.—¡Oídmme, hermanos míos! ¡Oídmme a mí, en cuyo corazón vibra el júbilo del día de la libertad! Yo soy un extraño entre vosotros...

BAHLMANN.—¡No! ¡No!

STEINHOFF.—¡Gracias por ese no! Lo acepto como un símbolo del anhelo que vive en vosotros. Y, sin embargo, soy, sí, un extraño entre vosotros; pero os lo juro: todo el ardor de mi juventud lo dedicaré a vosotros, a vuestras penas y a vuestras alegrías, a vuestras luchas y a vuestras victorias. Si estuviera en mi poder...

BAHLMANN.—¡Sí que lo está, señor Steinhoff!

DRANSFELT.—¡No permito interrupciones! ¡Señor Bahlmann, usted no tiene la palabra!

STEINHOFF.—¡Y usted menos! ¡Declaro por suprimido el Comité de fiestas! ¡Libertad en el día de la libertad!

LOS JÓVENES.—¡Viva la libertad!

STEINHOFF.—¡Se os quiere limitar la libertad de palabra! ¡Ya lo habéis oído: se os quiere cerrar la boca! ¡Fuera con esta tiranía! Yo no puedo hablar ante una multitud a quien se le coarta su libertad. Fuera; en completa libertad quiero hablar, y espero que me seguiréis.

LA MULTITUD.—(*Con entusiasmo creciente.*) ¡Bravo! ¡Bravo!

STEINHOFF.—¡Nada de fiestas vacías e infecundas! De nuestras fiestas de mayo ha de salir en adelante un fruto preñado de acción. ¡Mayo! Mayo es el mes de la germinación; es la juventud del año en que la nueva vida brota. El 1.º de junio hará dos meses que yo me establecí entre vosotros. ¡Y cuántas cosas grandes y pequeñas, hermosas y repugnantes no he visto!

MALSBERG.—Doctor, ¿de qué habla ese hombre?

FELDER.—Bahlmann, el impresor, dice que de política local.

STEINHOFF.—He visto las brillantes cualidades de que este pueblo está dotado. Pero también he visto el espíritu de opresión que pesa sobre ellas y no las deja mostrarse a la luz. Sí; he visto corazones jóvenes que se abrían impetuosamente... ¡Pero también he visto algunos que cerraban su puerta!

AGNES.—¡Oh Dios mío!

MALSBERG.—¿A qué se refiere?

STEINHOFF.—¡Sí, hermanos míos! Hay aquí en el aire un poder, un fantasma de tiempos pasados que esparce oscuridad paralizadora donde debía de haber luz y movimiento libre. ¡Abajo ese fantasma!

LA MULTITUD.—¡Bravo! ¡Bravo!

AGNES.—¡Vámonos, papá!...

MALSBERG.—¿Pero qué diablos de fantasma es ese? Doctor, ¿de quién habla?

FELDER.—(*Rápidamente.*) ¡Ah!, de... (*Le dice al oído unas palabras.*)

MALSBERG.—¿Sí? ¿De veras?

AGNES.—(*En voz baja, a Felder.*) ¡Gracias!

STEINHOFF.—¡Y no hay quien se atreva a luchar con el dragón; yo lo haré! Pero para ello es preciso que todos nos unamos.

MUCHAS VOCES.—¡Sí, sí!

STEINHOFF.—Nosotros somos la juventud. La época nos pertenece, pero también nosotros pertenecemos a la época. ¡Nuestro derecho es nuestro deber! ¡Plaza para todas las actividades, para todas las voluntades que sientan su propia fuerza! ¡Oídmme: es preciso que fundemos una Unión! ¡La caja de caudales ha acabado de mandar aquí!

MALSBERG.—¡Bravo! (*Al doctor.*) La caja de caudales dice. ¿De modo que realmente...?

STEINHOFF.—Se me ha arrojado a la cara un bravo irónico...

MALSBERG.—¡No!

STEINHOFF.—¡Es lo mismo! Al que sabe lo que quiere, no le importan ni el agradecimiento ni la amenaza. Vámonos, pues, aquí adentro... ¡Ahora mismo constituiremos nuestra Unión!

LA MULTITUD.—¡Bravo! ¡En hombros! ¡En hombros! (*Algunos le cogen y le levantan en hombros.*)

MUCHAS VOCES.—¡Que hable! ¡Más! ¡Más!

STEINHOFF.—Marchemos unidos. El porvenir está aliado con la unión de los jóvenes. De nosotros dependerá que hayamos de regir el mundo..., aquí en el distrito. (*Entre estruendosos aplausos le llevan en hombros a la tienda.*)

LA SEÑORA RUNDHOLM.—(*Secándose las lágrimas.*) ¡Cómo habla! ¿Verdad, señor Heire, que es para besarle?

HEIRE.—¡Besarle! No, yo no quisiera besarle.

LA SEÑORA RUNDHOLM.—¡Usted! ¿Qué va a hacer usted?

HEIRE.—¿Querría usted acaso besarle, señora Rundholm?

LA SEÑORA RUNDHOLM.—¡Uf! ¡Es usted insoportable! (*Entra en la tienda; Heire también.*)

MALSBERG.—¡Fantasma... y dragón... y caja de caudales! Es terriblemente violento..., pero exacto.

DRANSFELT.—(*Aproximándose.*) Siento en el alma...

MALSBERG.—Pero, hombre, ¿dónde se había dejado usted su conocimiento de los hombres? Bien; eso puede pasarle a cualquiera. Buenas noches, señor Dransfelt, y muchísimas gracias por todo. (*Volviéndose a Agnes y Felder.*) ¡Pero cuidado que he sido grosero con ese muchacho admirable!

FELDER.—¿De veras?

AGNES.—¿Te refieres a la visita?...

MALSBERG.—Dos visitas. Pero la culpa fue de Dransfelt. Me lo había descrito como un caballero de fortuna y como... otra cosa que he olvidado. Bueno; afortunadamente la cosa tiene remedio aún.

AGNES.—¿Cómo?

MALSBERG.—Ven, Agnes. Esta misma noche...

FELDER.—¡Pero, por Dios, señor Malsberg! No vale la pena...

AGNES.—(*En voz baja.*) ¡Chist!

MALSBERG.—Cuando se ha faltado, hay que remediarlo. Buenas noches, doctor. Al menos he pasado una hora divertido. Eso es más de lo que me ha preparado usted anoche.

FELDER.—¿Yo, señor Malsberg?

MALSBERG.—Sí, sí... Usted y otros...

FELDER.—¿Puedo preguntar en qué...?

MALSBERG.—¡Señor doctor, déjeme usted tranquilo! Por lo demás... ¡buenas noches! (*Malsberg y Agnes se van por la izquierda. Felder les sigue con la vista, preocupado.*)

BAHLMANN.—(*Saliendo de la tienda.*) ¡Camarero! ¡Pluma, tinta y papel! ¡La cosa marcha, señor doctor!

FELDER.—¿Qué es lo que marcha?

BAHLMANN.—¡Se funda la Unión!

DRANSFELT.—(*Acercándose.*) ¿Se inscribe mucha gente?

BAHLMANN.—Ya tenemos unos treinta y siete, prescindiendo de viudas y cosas semejantes. ¡Pluma y papel he dicho! ¡No hay ningún camarero! La política local es la que tiene la culpa. (*Desaparece por detrás de la tienda.*)

DRANSFELT.—¡Uf! ¡Vaya un día agitado!

FELDER.—Mucho me temo que los que vengan sean más agitados.

DRANSFELT.—¿Cree usted que el gentilhombre estaba incomodado?

FELDER.—Absolutamente nada; ya lo ha visto usted. ¿Pero qué dice usted de la nueva Unión? Es el comienzo de una lucha por el Poder en el distrito.

DRANSFELT.—Sí, sí; la lucha está bien. Ese Steinhoff es un hombre de talento.

FELDER.—Y quiere abrirse paso.

DRANSFELT.—La juventud quiere siempre abrirse paso. También yo lo quería cuando era joven. Contra eso no puede decirse nada. Pero acaso pudiéramos ir allá adentro...

HEIRE.—(*Saliendo de la tienda de campaña.*) Qué, Dransfelt, ¿quiere usted hablar? ¿Hacer oposición? Pues tiene usted que apresurarse.

DRANSFELT.—¡Oh, llego a tiempo todavía!

HEIRE.—¡Demasiado tarde, querido! Ya no puede usted ser ni padrino. (*Se oyen vivas.*) Ya cantan amén los sacristanes. El bautizo ha terminado.

DRANSFELT.—Pero supongo que se podrá oír. Procuraré estarme callado. (*Entra.*)

HEIRE.—¡Este es uno de los troncos caídos! ¡Oh, van a caer muchos todavía! Pronto va a tener esto el aspecto de un bosque después de la tempestad. ¡Un porvenir magnífico!

FELDER.—Pero, señor Heire, ¿a usted qué le interesa todo esto?

HEIRE.—¿Interesarme? Yo no soy un hombre interesado, señor doctor. Si me alegro es por mis vecinos. ¡Ahora habrá aquí vida, materia, expectación! Personalmente..., personalmente, claro, me es absolutamente indiferente el que los liberales envíen al Congreso a Juan o los conservadores a Pedro. (*Se va por el fondo derecha.*)

LA MULTITUD.—(*Dentro.*) ¡Viva Steinhoff! ¡Viva! ¡Viva la unión de la juventud! ¡Vino! ¡Ponche! ¡Camarero, aquí! ¡Cerveza! ¡Viva!

(*Steinhoff sale sin sombrero y extraordinariamente excitado de la tienda de campaña.*)

STEINHOFF.—¿Eres tú, Felder?

FELDER.—A sus órdenes, señor tribuno. ¿Te habrán nombrado presidente?

STEINHOFF.—Naturalmente; pero...

FELDER.—¿Y cómo va a seguir la cosa? ¿Qué puesto te van a dar en el Municipio? ¿Vas a ser administrador de la Caja de Ahorros, o...?

STEINHOFF.—¡Oh, por Dios, no hables de esas cosas! Eso no puedes decirlo en serio. ¡Sé amigo mío como en otro tiempo! (*Le abraza.*) ¡Oh Dios mío, qué feliz soy!

FELDER.—¡Tú también! ¡A mí me pasa lo mismo!

STEINHOFF.—¿No sería yo el más vil gusano si toda esta dicha no me hiciera bueno y honrado? ¿Y no es realmente una dicha inefable el poder arrastrar tras sí a la masa? Me parece como que debía coger a los pobres en mis brazos y pedirles perdón porque Dios ha sido parcial y me ha dado a mí más que a ellos.

FELDER.—(*A media voz.*) Sí, tanto es el poder de un individuo. ¡Esta noche me sería imposible pisar un insecto o una hoja!

STEINHOFF.—¿Tú?

FELDER.—¡Silencio! No se hable de eso. No quería decir más que te comprendía... ¿Pero qué es lo que vais a hacer?

STEINHOFF.—¿Hacer? Lo primero es deshacer, Felder; soñé una vez que había llegado sobre la tierra el día del juicio. Yo podía abarcar toda su superficie. No alumbraba el sol; tan solo una luz amarilla de tempestad iluminaba la tierra. De pronto estalló una tormenta; venía del oeste y lo arrasaba todo en su curso... Primero el polvo tenue; después los hombres. Al principio parecían buenos vecinos que corrían detrás de su sombrero, que el viento les había llevado; pero a medida que se acercaban, se veía que eran reyes y emperadores y que aquello tras lo que corrían, a punto de alcanzarlo siempre, pero sin llegar nunca a cogerlo, ¡eran cetros y coronas! Pasaban cientos y cientos de gentes, y nadie sabía de qué se trataba; pero muchos se lamentaban y decían: ¿Para qué esa terrible tormenta? En esto oyose la contestación. Sonó una voz potente y su eco fue tal, que produjo la tempestad.

FELDER.—¿Cuándo soñaste eso?

STEINHOFF.—No me acuerdo bien. Hace varios años.

FELDER.—Seguramente habría habido revolución en Europa, en alguna parte, y tú, después de una cena copiosa, habrías leído los periódicos.

STEINHOFF.—¡El mismo estremecimiento se apoderó de mí esta noche! ¡Oh!, yo cumpliré con mi deber. Yo quiero ser la voz que...

FELDER.—Mira, amigo Steinhoff, eso debías pensarlo dos veces. Dices que quieres ser la voz. Bien. ¿Pero dónde quieres ser la voz? ¿Aquí en el pueblo? ¿Y quién va a ser el eco que provoque la tempestad? ¿Gentes como Monsen y como Bahlmann el impresor y ese genio de Bastián! Y en vez de ver a reyes y emperadores correr tras sus cetros y sus coronas, veremos a Dransfelt correr tras su acta de diputado. ¿Qué queda, pues? El principio de tu sueño; burgueses que corren detrás de su sombrero.

STEINHOFF.—¡Por de pronto, sí! Pero nadie puede saber hasta dónde se extenderá una tormenta.

FELDER.—¡Vete a paseo con tus tormentas! ¿Y si lo que resulta es que tú, ciego y seducido por chismes y murmuraciones, diriges tus armas precisamente contra los mejores y más dignos de entre nosotros?...

STEINHOFF.—¡Eso no es verdad!

FELDER.—¡Es verdad! Monsen se apoderó de ti en cuanto llegaste... Y si no te separas de él, te traerá desdicha. El gentilhombre Malsberg es un hombre honrado; puedes estar seguro de ello. ¿Sabes por qué le odia Monsen? Porque...

STEINHOFF.—¡Ni una palabra más! ¡Ni una palabra que pueda ofender a mi amigo!

FELDER.—¡Piénsalo seriamente, Steinhoff! ¿De veras que Monsen es amigo tuyo?

STEINHOFF.—Me ha abierto su casa desde el principio.

FELDER.—En vano la abre a los mejores.

STEINHOFF.—¿A quién llamas tú los mejores? ¡A un par de empleados fanfarrones! Ya sé lo que es eso. Por lo que a mí toca, me ha recibido con una afabilidad, con un reconocimiento de mi valer que...

FELDER.—Reconocimiento; sí, esa es la cosa, por desgracia.

STEINHOFF.—¿Lo ves, Felder? El demonio de la malicia se ha apoderado otra vez de ti. ¿Por qué has de suponer siempre que las acciones de las gentes están determinadas por motivos censurables o ridículos? ¡Pero no lo piensas en serio! Ya vuelves a tener tu acostumbrado aspecto sincero y fiel. Voy a decirte la razón verdadera. ¿Conoces a Hertha?

FELDER.—¿A Hertha Monsen? Sí, de segunda mano.

STEINHOFF.—Va a veces a casa del gentilhombre.

FELDER.—Calladitamente. Ella y la señorita Malsberg son amigas. Pero no querrás...

STEINHOFF.—Sí, Felder; estoy enamorado de ella; a ti puedo decírtelo.

FELDER.—¡Pero tómallo seriamente! ¡Esa es una gran dicha! ¡Oh!, podría decirte tantas cosas...

STEINHOFF.—¿De veras? ¿Ha dicho ella algo? ¿Acaso a la señorita de Malsberg?...

FELDER.—No me entiendes. ¿Pero cómo es posible que en ese estado de ánimo te dejes arrastrar a tales orgías políticas? ¿Cómo puedes interesarte por los chismes de la ciudad?

STEINHOFF.—¿Para qué hablar contigo de eso?... ¡Tú no has sentido nunca el aguijón punzante de la ambición! ¡Tú has tomado siempre la vida con una tranquilidad flemática!...

FELDER.—Puede ser; pero agradable sí que lo es. Y además no viene un aplanamiento como el que se siente cuando se baja de la mesa después de...

STEINHOFF.—Puedes decirme lo que quieras, pero eso no te lo consiento. Con tus burlas haces una mala acción. Me robas la elevada exaltación...

FELDER.—Si esa elevada exaltación es tan poco firme...

STEINHOFF.—¿Por qué vienes a quitarme el valor y hacerme que vacile y desconfíe de mí mismo? (*Se oyen gritos y vivas en la tienda.*) ¡Oye, oye! ¡Beben a mi salud! ¡Lo que a tantos entusiasma tiene que ser verdad!

(*Agnes, Hertha y Helle vienen por la izquierda.*)

HELLE.—(*A Agnes.*) Vea usted, señorita. Allí está Steinhoff el abogado.

AGNES.—Entonces no os acompaño más. Buenas noches, Hertha. Buenas noches.

HELLE Y HERTHA.—Buenas noches; buenas noches. (*Se van por la derecha.*)

AGNES.—(*Acercándose.*) Yo soy la hija del señor Malsberg. Mi papá me ha dado una carta para usted.

STEINHOFF.—¿Para mí?...

AGNES.—Aquí está. (*Quiere irse.*)

FELDER.—¿Me permite usted que la acompañe?

AGNES.—No, gracias; no me acompañe usted. Buenas noches. (*Se va por la izquierda.*)

STEINHOFF.—(*Leyendo la carta a la luz de un farolillo de papel.*) ¡Cómo!

FELDER.—¿Qué te dice el gentilhombre, querido?

STEINHOFF.—(*Rompiendo a reír.*) ¡Esto no lo hubiera esperado!

FELDER.—¿Pero quieres decirme...?

STEINHOFF.—Este gentilhombre es un pobre señor.

FELDER.—¿Te atreves a...?

STEINHOFF.—¡Díselo si quieres!... Bueno...; por lo demás..., déjalo estar. (*Guardándose la carta.*) ¡Que quede entre nosotros!

(*Sale de la tienda la gente.*)

MONSEN.—¿Dónde está el señor Steinhoff?

LA MULTITUD.—¡Allí está! ¡Viva!

DRANSFELT.—El señor Steinhoff ha perdido su sombrero. (*Se lo entrega.*)

BAHLMANN.—¡Aquí hay ponche! ¡Beba usted!

STEINHOFF.—No, gracias; no quiero más.

MONSEN.—Y que los miembros de la Unión no olviden que mañana hay reunión en mi casa, en Storli.

STEINHOFF.—¿Mañana? No, creo que no era mañana...

MONSEN.—Claro; para redactar el Manifiesto...

STEINHOFF.—No, mañana no puedo... Veremos... Pasado mañana o al otro día... ¡Y ahora, buenas noches, señores! ¡Gracias por el día de hoy, y viva el porvenir!

LA MULTITUD.—¡Viva! ¡A llevarle a su casa!

STEINHOFF.—¡Gracias, gracias! De veras que no...

BAHLMANN.—¡Le acompañaremos todos!

STEINHOFF.—Bien; si ustedes se empeñan... Buenas noches, Felder. Supongo que no querrás acompañarme también.

FELDER.—No. Pero déjame que te diga que lo que has dicho del señor Malsberg...

STEINHOFF.—¡Silencio, silencio! La frase fue demasiado fuerte. ¡Olvidémosla! Bien, amigos míos, puesto que queréis acompañarme, sea; yo iré delante.

MONSEN.—¡Deme usted su brazo, Steinhoff!

BASTIÁN.—¡A cantar algo patriótico!

LA MULTITUD.—¡Que canten! ¡Música, música! (*Tocan y cantan una canción popular. La comitiva se va por la derecha al fondo.*)

FELDER.—(*A Dransfelt, que se queda viéndolos desfilar.*) Es una buena comitiva.

DRANSFELT.—Ya lo creo. Y un buen jefe.

FELDER.—¿Y adónde va usted ahora, señor Dransfelt?

DRANSFELT.—¿Yo? Pues me voy a casa a acostarme. (*Saluda y se va. Felder queda solo.*)

ACTO SEGUNDO

Una habitación que da al jardín, en casa de Malsberg. Muebles elegantes; flores y plantas exóticas. La puerta de entrada, al fondo. A la izquierda, una puerta que va al comedor, y a la derecha, varias puertas de cristales que conducen al jardín. Bahlmann está de pie, al lado de la puerta de entrada. La muchacha que habla con él lleva dos fuentes de fruta para el comedor.

MUCHACHA.— Ya le he dicho a usted que los señores estaban comiendo. Tiene usted que volver más tarde.

BAHLMANN.— ¿No podría esperar aquí?

MUCHACHA.— Sí. ¿Por qué no? *(Entra en el comedor.)*

(Bahlmann se sienta cerca de la puerta. Pausa. Luego entra Felder por la puerta del fondo.)

FELDER.— ¡Oh!, buenos días, Bahlmann. ¿Cómo por aquí?

MUCHACHA.— *(Que vuelve.)* ¡Qué tarde viene el señor doctor! El señor y la señorita han preguntado muchas veces por usted. ¿Quiere usted que diga que...?

FELDER.— No, deje usted. Esperaré aquí hasta que terminen.

(La muchacha sale por el fondo.)

BAHLMANN.— *(Tras una pausa corta.)* ¿Y puede usted perder una mesa tan rica..., con dulces y vinos caros y todo lo bueno posible?

FELDER.—Sí. Aquí, de lo bueno, más bien dan mucho que poco. Pero diga: ¿espera usted acaso a alguien?

BAHLMANN.—Sí.

FELDER.—Y en su casa, ¿cómo va? ¿Su mujer de usted?...

BAHLMANN.—Guarda cama como de costumbre. Tose y adelgaza.

FELDER.—¡Déjeme usted que le vea la cara, Bahlmann!

BAHLMANN.—¿Qué quiere usted ver?

FELDER.—Usted ha bebido hoy.

BAHLMANN.—Y ayer también.

FELDER.—Ayer, pase todavía. Pero hoy y...

BAHLMANN.—¿Y los de ahí adentro? Me parece que también beben.

FELDER.—Mire usted, querido Bahlmann, en cierto modo tiene usted razón; pero las circunstancias en que cada cual vive son distintas.

BAHLMANN.—Yo no escogí las circunstancias en que había de vivir. Daniel Heire escogió por mí cuando me sacó de la imprenta y me puso a estudiar. Y también el señor Malsberg escogió por mí cuando arruinó a Heire, haciendo que yo tuviera que volver a la imprenta.

FELDER.—Ahora habla usted sabiendo que no es verdad. El señor Malsberg no arruinó a Heire. Heire se arruinó a sí mismo.

BAHLMANN.—¡Puede ser! ¿Pero por qué se arruinó Daniel Heire, que había contraído para conmigo una tan grande responsabilidad? Naturalmente, Dios tiene también su parte en la culpa. ¿Para qué me dio disposiciones y talento?... También yo estaba allá adentro, como uno de tantos... Iba vestido elegantemente... ¿Pero cuánto tiempo estuvo el labrador en el palacio del rey? ¡Un momento, y enseguida fuera! (*Mirando hacia la puerta de la izquierda.*) Pero ya se levantan de la mesa. (*Se pone en pie.*)

(*Las señoras y los caballeros pasan charlando alegremente del comedor al jardín. Entre ellos pasa Steinhoff con Agnes en el brazo izquierdo y Selma en el derecho. Felder y Bahlmann están al lado de la puerta del fondo.*)

STEINHOFF.—Ya saben ustedes que yo soy nuevo aquí. Tienen ustedes que decirme adónde debo llevarlas.

SELMA.—Vamos afuera, al aire libre. Tiene usted que ver el jardín.

STEINHOFF.—¡Oh, eso está muy bien! (*Se va con ellas por la primera de las puertas de cristales.*)

FELDER.—¿Pero ha visto usted a Steinhoff?

BAHLMANN.—Sí. A él es a quien tengo que hablar.

HEIRE.—(*Sale del comedor con Erich.*) ¡Aja! ¡De veras que era un *Sherry* excelente!

ERICH.—¿Verdad que sí? ¡Oh, eso anima a las gentes!

HEIRE.—¡Es una verdadera dicha ver el buen uso que hacen del dinero de uno!

ERICH.—¿Cómo? (*Riendo.*) ¡Ah, ya; sí, sí, claro está! (*Se van los dos al jardín.*)

FELDER.—¿Quiere usted hablar de asuntos de negocios con Steinhoff?

BAHLMANN.—Sin duda. De la reseña de la fiesta para el periódico...

FELDER.—Entonces tiene usted que esperar afuera hasta que esto se acabe. Ni el lugar ni el tiempo son a propósito... Se lo diré a Steinhoff cuando le vea solo un momento.

BAHLMANN.—Bien, bien; esperaré hasta que llegue mi hora. (*Se va por el fondo.*)

(*Malsberg, Dransfelt, Ringdal y algunos otros señores salen del comedor.*)

MALSBERG.—(*Conversando con Dransfelt.*) ¿Desvergonzado dice usted? Bien; la forma se la abandono a usted, pero en el discurso había granos de oro. Eso se lo aseguro.

DRANSFELT.—Bien; si usted está satisfecho, puedo estarlo yo también.

MALSBERG.—Lo mismo creo yo... ¡Oh, aquí está el doctor, y probablemente con el estómago vacío!

FELDER.—Eso no tiene importancia. El comedor no anda tan lejos...; yo me considero aquí casi como de la casa.

MALSBERG.—¡Vaya, vaya! ¿De veras? Sin embargo, eso no debe hacerlo usted antes de tiempo.

FELDER.—¿Cómo? Supongo que no habrá usted tomado a mal... Usted mismo me permitió...

MALSBERG.—Bien, bien; considérese usted aquí siempre como de la casa, y busque usted el comedor. (*Le da un golpe amistoso en el hombro y se vuelve a Dransfelt.*) Mire usted... Aquí está uno a quien puede usted llamar caballero de fortuna y... lo otro que se me ha olvidado... Vaya, pronto nos traerán el café. (*Se va con los demás huéspedes al jardín.*)

DRANSFELT.—(*A Felder.*) ¿Ha notado usted qué extraño está hoy el gentilhombre?

FELDER.—Desde ayer noche lo vengo notando.

DRANSFELT.—¡Figúrese usted! Está empeñado en que yo he llamado a Steinhoff caballero de fortuna y otra porción de cosas semejantes.

FELDER.—¡Oh, deje usted, señor Dransfelt! Aunque así fuera... Pero perdone usted; tengo que ir a saludar a las señoras de la casa. (*Se va por la derecha.*)

DRANSFELT.—(*A Ringdal, que está arreglando una mesa de juego.*) ¿A qué se debe que Steinhoff se haya presentado aquí?

RINGDAL.—¡Como no me lo diga usted! Al principio no estaba en la lista.

DRANSFELT.—¿De manera que hasta más tarde?... ¿Hasta después del discurso que ayer pronunció contra el gentilhombre?

RINGDAL.—Sí. ¿Se lo explica usted?

DRANSFELT.—Parece que se ha vuelto precavido.

(*Se van charlando hacia el fondo, y luego al jardín. Al mismo tiempo entran por la primera de las puertas de cristales Selma y Steinhoff.*)

SELMA.—Mire usted, mire usted. Allí, por encima de las copas de los árboles, se ve la torre de la iglesia y toda la parte alta de la ciudad.

STEINHOFF.—Pues es verdad; no lo hubiera creído así.

SELMA.—¿Verdad que es una vista muy hermosa?

STEINHOFF.—¡Aquí es todo hermoso! El jardín y la vista, y la luz del sol y las gentes. ¿Y usted pasa aquí todo el verano?

SELMA.—No; mi marido y yo, no. Vamos y venimos. En la ciudad tenemos una casa magnífica, más hermosa que esta todavía.

STEINHOFF.—Y su familia de usted, ¿vive en la ciudad?

SELMA.—¿Familia? Nosotras, las princesas de los cuentos, no tenemos familia.

STEINHOFF.—¿Princesas de cuentos?

SELMA.—A lo más tenemos una suegra rabiosa...

STEINHOFF.—Una bruja, ¿eh?... ¿De modo que usted es una princesa?...

SELMA.—El doctor Felder dice que esa debe de ser una ocupación muy agradable; pero... oiga, oiga usted...

ERICH.—(*Viniendo del jardín.*) Por fin encuentro a mi mujercita.

SELMA.—Sí; tu mujercita le estaba contando al señor Steinhoff la novela de su vida.

ERICH.—¡Vaya, vaya! ¿Y qué papel me toca a mí en ella?

SELMA.—El del príncipe. Naturalmente. (*A Steinhoff.*) Ya sabe usted: siempre llega un príncipe que deshace el encanto y luego todo está bien, y reina la alegría y el regocijo en el mundo, y luego se termina la historia.

STEINHOFF.—¡Oh, ha sido demasiado corta!

SELMA.—Es posible... en cierto sentido.

ERICH.—(*Rodeándola la cintura con un brazo.*) ¡Pero de esa historia salió otra, y la princesa se convirtió en reina!

(*Vienen del jardín Felder y Agnes.*)

SELMA.—(*Yendo hacia ellos.*) ¿Estás aquí, querida Agnes? ¡Espero que no estarás enferma!

AGNES.—¿Yo? No.

SELMA.—No sé, no sé. Me parece que en los últimos días consultas con tanto calor al doctor...

AGNES.—Te aseguro...

SELMA.—Bueno, bueno. Déjame ver... ¡Estás ardiendo! Querido doctor, ¿cree usted que pasará pronto el calor?

FELDER.—Cada cosa quiere su tiempo.

AGNES.—Y el frío tampoco es mejor.

SELMA.—No; lo mejor es el tiempo templado... Eso dice también mi marido.

MALSBERG.—(*Subiendo del jardín.*) ¿La familia entera reunida? No es muy cortés, que digamos, con los invitados.

AGNES.—Mi buen papá, enseguida voy...

MALSBERG.—¡Aja! ¿Es a usted, señor Steinhoff, a quien hacen la corte las señoras? Ya me encargaré yo...

AGNES.—(*En voz baja, a Felder.*) Quédese usted. (*Se va al jardín.*)

ERICH.—(*Ofreciéndole el brazo a Selma.*) ¿Permite la señora...?

SELMA.—¡Vamos! (*Se van por la derecha.*)

MALSBERG.—(*Siguiéndoles con la vista.*) No hay que pensar en separarlos.

FELDER.—Sería un pensamiento pecaminoso.

MALSBERG.—Sí, sí. Indudablemente, Dios es el curador de los locos. (*Gritando hacia el jardín.*) ¡Agnes, Agnes, ten cuidado de Selma; bájale un chal y no la dejes pasear mucho, que puede acatarrarse!... Pero usted, doctor, que se considera como de la casa, ¿por qué no se dedica un poco a los invitados?

FELDER.—Con mucho gusto. Steinhoff, ¿no podríamos nosotros dos...?

MALSBERG.—¡Oh, no, querido doctor!... Por allí va mi antiguo amigo Heire...

FELDER.—Ese también se considera como de la casa.

MALSBERG.—Sí, sí, es verdad.

FELDER.—Bien; nos reuniremos los dos y haremos todo lo que podamos. (*Se va al jardín.*)

STEINHOFF.—Ha hablado usted de Daniel Heire. Tengo que confesar que me maravilla verle aquí.

MALSBERG.—¡Hum! Heire y yo somos amigos de la juventud. Además, en nuestra vida hemos tenido relaciones distintas veces...

STEINHOFF.—Precisamente sobre eso decía ayer noche el señor Heire una porción de cosas...

MALSBERG.—¡Hum!

STEINHOFF.—Tiene una manera de hablar de cosas y personas... Vamos, tiene la lengua muy suelta.

MALSBERG.—Mi joven amigo, Heire es mi huésped; eso no debe usted olvidarlo. En mi casa hay completa libertad, pero con la única reserva de no decir nada de aquellos con quienes tengo trato.

STEINHOFF.—¡Perdóneme usted!...

MALSBERG.—Bien, bien; usted pertenece a la nueva generación, que no toma tan a la letra estas cosas. Ahora, por lo que toca al señor Heire, dudo que le conozca usted por entero. En todo caso, es un hombre a quien debo muchísimo.

STEINHOFF.—Eso dice él también; pero no creo que...

MALSBERG.—Le debo la mejor parte de nuestra felicidad familiar, señor Steinhoff; le debo mi nuera. Sí, así es. Daniel Heire la recogió cuando niña. Era una especie de niño prodigio; a los diez años ya daba conciertos. Seguramente que ha oído usted hablar de ella. Selma Dalstrom...

STEINHOFF.—¿Dalstrom? ¡Claro, claro! Su padre era sueco.

MALSBERG.—Sí, profesor de música. Llegó aquí hace una porción de años. Como usted sabe, por regla general los músicos no viven en la abundancia. Heire fue toda su vida un descubridor de talentos. Se encargó de la niña y la envió a Berlín, y luego, cuando después que su padre había muerto y la situación pecuniaria de Heire había cambiado, volvió a Cristianía. Na-

turalmente, se la recibió enseguida en los mejores círculos, y así tuvo mi hijo ocasión de conocerla.

STEINHOFF.—De ese modo, es verdad que el viejo Heire fue el instrumento...

MALSBERG.—Todos somos instrumentos; usted también lo es. Usted es un instrumento de destrucción...

STEINHOFF.—¡Oh, por favor, señor Malsberg! Me avergüenza usted...

MALSBERG.—¿Avergonzar?

STEINHOFF.—Sí. Fue terriblemente inconveniente...

MALSBERG.—Contra la forma acaso pudieran hacerse aquí y allá objeciones, pero la intención fue buena. Y por eso le pido a usted que cuando de aquí en adelante tenga algún deseo, venga a verme; hable conmigo francamente. Ya ve usted, todos buscamos lo mejor...

STEINHOFF.—¿De modo que me permite usted que le hable francamente?

MALSBERG.—Claro que sí. ¿Cree usted que yo no he visto hace bastante tiempo que en muchos sentidos la vida aquí ha tomado una dirección que dista mucho de ser la deseable? Yo soy ya viejo; además, el destacarme con planes de reforma contradice mi modo de ser, y no me gusta mezclarme personalmente en las luchas públicas. En cambio usted, señor Steinhoff, tiene todas las condiciones que para el caso se requieren, y por eso debemos ir unidos ambos.

STEINHOFF.—¡Gracias, gracias! ¡Muchas gracias!

(Vienen del jardín Ringdal y Heire.)

RINGDAL.—Le aseguro a usted que tiene que tratarse de alguna mala inteligencia.

HEIRE.—¿De veras? ¿De modo que no voy a creer a mis propios oídos?

MALSBERG.—¿Hay algo nuevo, Heire?

HEIRE.—Nada, sino que Dransfelt quiere retirarse a la vida privada. Estaba anunciando la novedad en medio de un círculo de personas que le oían con expectación. ¡Eso es!

MALSBERG.—Pero eso es de la mayor importancia para nuestro distrito. Venga usted, Ringdal. Es preciso que hablemos seriamente con Dransfelt. (*Se van los dos al jardín.*)

(*Felder entra por la última de las puertas del jardín.*)

FELDER.—¿Se ha ido el señor Malsberg?

HEIRE.—¡Pchs! ¡Hay consejo de rabadanes! ¡Gran novedad, doctor! Dransfelt renuncia el acta de diputado.

FELDER.—¡No es posible!

STEINHOFF.—¿Verdad? ¿Entiendes eso?

HEIRE.—Ahora habrá aquí vida y movimiento. Señor Steinhoff, la Unión de la Juventud comienza a producir efectos.

STEINHOFF.—¿Cree usted de veras que nuestra Asociación...?

HEIRE.—No hay duda ninguna. Vaya; así tendremos la suerte de enviar al Parlamento al señor de Storli. Si se hubiera marchado ya..., le acompañaría con gusto... Bien, basta. ¡Aja! (*Se va al jardín.*)

STEINHOFF.—Pero dime, Felder, ¿cómo se entiende esto?

FELDER.—Hay cosas que se entienden todavía peor. ¿Cómo has venido aquí?

STEINHOFF.—¿Yo? Como los demás. Me han invitado.

FELDER.—Sí; he oído decir que ayer noche..., después de tu discurso.

STEINHOFF.—¿Entonces?

FELDER.—¡Pero que hayas aceptado la invitación!...

STEINHOFF.—¿Y qué diablos querías que hiciese? No iba a ofender a gente como esta.

FELDER.—¡Ah, sí! ¿Y en tu discurso?

STEINHOFF.—¡Oh!, en mi discurso atacué principios y no personas.

FELDER.—¿Y cómo te explicas la invitación del gentilhombre?

STEINHOFF.—Amigo mío, no tiene más que una explicación.

FELDER.—¿La de que te teme?

STEINHOFF.—No tiene ningún motivo para ello. Es un hombre de honor.

FELDER.—Sí que lo es... Pero dime... ¿No habréis hablado de lo de ayer?

STEINHOFF.—Claro que no. Es un hombre demasiado bien educado para tocar un punto semejante. Pero a mí me pesa terriblemente; más tarde quiero excusarme.

FELDER.—Te aconsejo que de ningún modo lo hagas. No conoces al gentilhombre...

STEINHOFF.—Entonces que hablen por mí mis actos.

FELDER.—¿No querrás romper con el partido de Storli?

STEINHOFF.—Quiero conseguir una reconciliación. Yo tengo ya mi Asociación, que, como tú ves, es ya un poder.

FELDER.—Oye una cosa. Tu amor por la señorita Monsen... Ayer te aconsejé que lo tomases en serio, pero después he pensado mejor la cosa. Vale más que renuncies a ese plan.

STEINHOFF.—Creo que tienes razón. Al casarse en una familia de poca educación, en cierto modo se casa uno con toda la familia.

FELDER.—Sin duda; y además por otras razones.

STEINHOFF.—Monsen no tiene educación. Habla mal de personas a quienes recibe en su casa. Desde el primer día caí aquí en una falsa situación. Caí en las manos de gentes que me llenaron de chismes. Pero eso ya ha pasado. No quiero gastarme aquí como un instrumento del egoísmo o de la tontería y la rudeza.

FELDER.—Entonces, ¿para qué quieres utilizar la Asociación?

STEINHOFF.—La Asociación queda lo mismo. Está fundada sobre una base bastante amplia; es decir, está fundada para contrarrestar malos influjos... Ahora es cuando veo de dónde vienen esos malos influjos.

FELDER.—¿Pero crees que la juventud verá lo mismo?

STEINHOFF.— Tiene que verlo. Me parece que tengo derecho a pedir que los rapaces aquellos se guíen por mi opinión.

FELDER.— ¿Y si no quieren?

STEINHOFF.— En ese caso, que sigan su camino. Ya no los necesito. ¿O crees acaso que por un tonto afán de consecuencia voy a poner mi porvenir en una falsa ruta para luego no llegar jamás al fin?

FELDER.— ¿A qué fin quieres llegar?

STEINHOFF.— Hombre, a ti puede decírtelo. Mi objeto es ser diputado o ministro y casarme con una muchacha rica y de buena familia.

FELDER.— ¿Y tú crees que con ayuda del gentilhombre...?

STEINHOFF.— ¡Con mi propia ayuda es con la que lo alcanzaré! Bien; de aquí a entonces puedo esperar todavía... De modo que ni una palabra de esto. Hasta que el momento llegue, quiero vivir y gozar de la hermosura y de la luz del sol...

FELDER.— ¿Aquí?

STEINHOFF.— ¡Sí, aquí! Aquí hay maneras finas; aquí tiene gracia la existencia; aquí la conversación es fácil y elegante. ¡Oh Felder! Aquí es donde por primera vez siento lo que es la distinción. ¿No sientes tú también que aquí se purifica uno? ¿Que la riqueza es aquí de otra especie? Cuando me represento la riqueza de Monsen, se me aparece en la forma de grandes paquetes de billetes mugrientos y sucios pagarés. ¡Esta de aquí es metal, plata reluciente! Y los hombres lo mismo. El gentilhombre..., ¡qué anciano más admirable y qué distinción!

FELDER.— Eso es verdad.

STEINHOFF.— Y el hijo... ¡audaz, osado, inteligente!

FELDER.— Sin duda.

STEINHOFF.— Pues ¿y la nuera? ¡Una perla!... Señor, qué naturaleza más rica y más original. Y luego, tan amable, tan atractiva.

FELDER.— Me parece que estás enamorado de ella.

STEINHOFF.— ¿De una mujer casada? ¡Tú estás loco, hombre! ¿En qué iba a parar? Pero enamorar sí que me voy a enamorar; eso lo presiento. Sí;

es realmente profunda y quieta y verdadera.

FELDER.—¿Quién?

STEINHOFF.—La señorita Malsberg.

FELDER.—¿Cómo! ¿Es que piensas en...?

STEINHOFF.—¡Claro que sí!

FELDER.—¡Pues te aseguro que es absolutamente imposible!

STEINHOFF.—¡Oh! ¡Querido, la voluntad es una fuerza que remueve mundos! Ya verás cómo es posible.

FELDER.—¡Pero todo eso no tiene el menor sentido!... Si ayer era la hija de Monsen...

STEINHOFF.—Fue un apresuramiento, y tú mismo me aconsejaste no pensar en ella.

FELDER.—Y ahora te aconsejo del modo más terminante que no pienses en ninguna de las dos.

STEINHOFF.—¡Oh! ¿Es que piensas dirigirte a una de ellas?

FELDER.—¿Yo? No; yo...

STEINHOFF.—Eso no me arredraría tampoco. Si alguien se pone en mi camino, si se me quiere cerrar el porvenir, no conozco consideraciones.

FELDER.—Ten cuidado, no diga yo lo mismo.

STEINHOFF.—¡Tú! ¿Qué derecho tienes a dártelas de tutor de la familia Malsberg?

FELDER.—Por lo menos el derecho de la amistad.

STEINHOFF.—¡Bah! No creas que me vas a imponer con frases. ¡No tienes más derecho que el del egoísmo! Es agradable para tu pequeña vanidad ser aquí el gallo en el corral. Por eso quieres alejarme.

FELDER.—Y eso sería lo mejor para ti. Estás sobre una base deleznable.

STEINHOFF.—¿De veras? Gracias. Yo sabré hacer un cimientito firme.

FELDER.—Inténtalo. Pero te advierto que antes de terminarlo se vendrá abajo.

STEINHOFF.—¿Conque sí? ¿Conque tienes preparadas intrigas? Bueno es saberlo. Te conozco. Tú eres mi enemigo, el único enemigo que tengo aquí.

FELDER.—¡No es verdad!

STEINHOFF.—¡Sí que lo eres! Lo has sido siempre; ya desde la escuela. Mira alrededor de ti, y verás que todos me reconocen, aunque soy un extraño para ellos. En cambio, tú que me conoces, tú no me has reconocido nunca.

FELDER.—¿Qué iba a reconocerte?

STEINHOFF.—Por lo menos mi voluntad. Todos los demás la reconocen... Las gentes del pueblo ayer en la fiesta, el gentilhombre y su familia.

FELDER.—El señor Monsen y su familia. ¡Ah diablo!... Ahí fuera hay uno que espera por ti.

STEINHOFF.—¿Quién?

FELDER.—(*Va hacia el fondo.*) Uno que te reconoce. (*Abre la puerta y llama Bahlmann.*) ¡Venga usted!

BAHLMANN.—(*Entrando.*) ¡Por fin!

FELDER.—Hasta más tarde; no quiero molestar a dos buenos amigos. (*Se va al jardín.*)

STEINHOFF.—¿Pero qué diablos es lo que busca usted aquí?

BAHLMANN.—Ayer me prometió usted una reseña de la fundación de la Unión y de...

STEINHOFF.—Con eso tiene usted que esperar todavía.

BAHLMANN.—Es imposible, señor Steinhoff; el periódico tiene que salir mañana por la mañana...

STEINHOFF.—¡Oh! Hay que cambiarlo todo. La cosa ha entrado ahora en un nuevo estadio; han aparecido nuevos elementos. Lo que dije del gentilhombre hay que cambiarlo.

BAHLMANN.—Lo del gentilhombre ya está impreso.

STEINHOFF.—Entonces hay que quitarlo. En esa forma no puede ir. ¿Me mira usted? ¿Acaso cree usted que yo no sé velar por los intereses de la Asociación?

BAHLMANN.—¡Dios me libre! Pero quisiera hacerle notar...

STEINHOFF.—Nada de objeciones; eso no lo tolero.

BAHLMANN.—Señor Steinhoff, ¿sabe usted que pone en el juego el poco de pan que yo tengo? ¿Lo sabe usted?

STEINHOFF.—No, no lo sé.

BAHLMANN.—Pues así es. En el invierno, antes de que usted viniera, mi periódico marchaba cada vez mejor. Yo mismo lo redactaba, y lo redactaba según este principio: Lo que sostiene un periódico es el gran público; pero el gran público es el público malo...; eso es cosa de las circunstancias locales..., y el público malo quiere un periódico malo. Por eso yo publicaba un periódico...

STEINHOFF.—¡Malo! Eso es indiscutible.

BAHLMANN.—Sí, y marchaba perfectamente. Pero en esto llega usted e introduce ideas en la población, y entonces el periódico recibió un color; pero los amigos de Dransfelt dejaron de comprarlo. Los que me quedan pagan mal...

STEINHOFF.—Pero el periódico se convirtió en un buen periódico.

BAHLMANN.—De un buen periódico no puedo vivir. Ahora, ayer, prometió usted que se iba a producir vida y movimiento en la ciudad, que se les iba a ajustar las cuentas a los grandes. Con eso ocurrirían cosas que obligarían a todo el mundo a leer el periódico, y ahora viene usted y falta a su palabra...

STEINHOFF.—¿Cree usted que yo estoy aquí para servir a usted y al escándalo?

BAHLMANN.—¡Señor Steinhoff, no me obligue usted a adoptar recursos desesperados, o las cosas van a tomar mal aspecto!

STEINHOFF.—¿Qué quiere usted decir con eso?

BAHLMANN.—Con eso quiero decir que tendré que pensar en buscar lectores para mi periódico por otro procedimiento. Antes de que usted viniera, el periódico tenía bastante con el capítulo de sucesos, suicidios y cosas semejantes que a menudo ni siquiera habían ocurrido. Pero con su venida a las gentes se les ha subido la sangre a la cabeza; ahora piden otra cosa.

STEINHOFF.—Y yo le digo a usted lo siguiente: si usted trata de obrar por su cuenta, si da usted un solo paso sin orden mía, voy al impresor Halm y fundo otro periódico; dinero para ello lo tenemos, y antes de quince días su hoja de usted ha desaparecido.

BAHLMANN.—(*Palideciendo.*) ¡Eso no lo hará usted!

STEINHOFF.—Sí que lo haré, y crea usted que sabré redactar el periódico de tal manera que atraiga al gran público...

BAHLMANN.—Entonces voy ahora mismo a ver al gentilhombre...

STEINHOFF.—¿Usted? ¿A qué?

BAHLMANN.—¿Cree usted que no comprendo por qué le ha invitado a usted el gentilhombre? Porque le tiene miedo, y usted saca provecho de eso. Pero si tiene miedo de lo que usted quiere hacer, también tendrá miedo de lo que yo quiero publicar, ¡y también yo sabré sacar provecho de ello!

STEINHOFF.—¡Atrévase usted!... ¡Bah! ¡Un rábula semejante!

BAHLMANN.—Ya lo verá usted. Si su discurso de usted no ha de publicarse, el gentilhombre ha de pagarme por ello.

STEINHOFF.—¡Atrévase usted, atrévase usted! ¡Pero usted está borracho!

BAHLMANN.—No mucho. Pero si me quieren quitar el pedazo de pan que tengo, me convierto en un león. No puede usted darse idea de cómo andan las cosas en mi casa: una mujer en la cama, un niño...

STEINHOFF.—¿A mí qué me importa su situación? Ahora, si se atreve usted a cruzarse en mi camino, antes de un año le aseguro que tendrá que recurrir a la beneficencia pública.

BAHLMANN.—Esperaré hasta un día.

STEINHOFF.—Bien; empieza usted a ser razonable.

BAHLMANN.—Anunciaré en una hoja extraordinaria que el redactor, a consecuencia de una indisposición...

STEINHOFF.—Hágalo usted así. Quizás después podamos entendernos.

BAHLMANN.—¡Ojalá sea pronto!... Porque, señor Steinhoff, piénselo usted; el periódico es mi única fuente de vida. (*Se va por el fondo.*)

(*Entra Dransfelt por la puerta primera del jardín.*)

DRANSFELT.—¡Oh, señor Steinhoff! ¿Cómo tan solo? Si no tiene usted inconveniente, desearía hablar un momento con usted.

STEINHOFF.—Estoy a su disposición.

DRANSFELT.—Yo voy haciéndome viejo. Hace ya veinte años que me siento en la Cámara. Me parece que ya va siendo tiempo de pensar en una sustitución.

STEINHOFF.—¿Sustitución?

DRANSFELT.—En una palabra; ¿por qué no quiere usted ser diputado?

STEINHOFF.—¿Yo? ¡Oh, no habla usted en serio!

DRANSFELT.—Yo haría cuanto estuviese de mi parte por conseguirlo, y el gentilhombre también haría lo suyo, sin duda: conoce el talento de orador que usted tiene. Los jóvenes están ya de su parte, y...

STEINHOFF.—¡Señor Dransfelt, usted es un amigo verdadero!

DRANSFELT.—Si yo fuera su amigo me quitaría usted esta carga. Usted tiene hombros jóvenes todavía; usted la llevaría muy fácilmente.

STEINHOFF.—Puede usted disponer de mí como guste en ese sentido; no le dejaré a usted mal.

DRANSFELT.—¿De modo que no le parecería mal...?

STEINHOFF.—¡Aquí está mi mano!

DRANSFELT.—¡Gracias! Pero es preciso que emprendamos con prudencia la cosa. Tenemos que procurar ser compromisarios ambos... Yo para proponerle a usted como mi sucesor, y usted para exponer sus propósitos...

STEINHOFF.—¡Oh!, cuando hayamos llegado a eso habremos triunfado.

DRANSFELT.—Una cosa aún. Tiene usted que tratar de hacerse propietario.

STEINHOFF.—Es verdad. Si no, no podría votar.

DRANSFELT.—Eso también. Pero para eso, en caso necesario, basta ya la posesión de una cabaña cualquiera que esté registrada. Pero si quiere usted ser representante de nuestro distrito, tiene usted que pertenecer a las clases poseedoras, tiene usted que ser realmente propietario; ¡es absolutamente necesario!

STEINHOFF.—Ya lo sé, ya; pero eso no es cosa que se haga en un abrir y cerrar de ojos.

DRANSFELT.—¡Claro que no! ¿Pero es que le sería tan difícil encontrar un buen partido? Aquí hay una porción de herederas ricas. A un hombre como usted..., créame, no habrá ninguna que le rechace, como usted sepa manejar bien las cartas en el juego.

STEINHOFF.—¡Entonces ayúdeme usted a jugar! ¡Oh, usted abre ante mis ojos un amplio campo de magníficas probabilidades! ¡Todo lo que esperaba, todo lo que era mi aspiración constante, lo veo ahora tan claramente ante mis ojos!

(Una parte de la reunión va entrando poco a poco del jardín a la habitación. Dos criadas —o criados— traen luces y ofrecen refrescos durante todo lo que sigue.)

SELMA.—*(Yendo hacia el piano, que está en el fondo, a la izquierda.)* Señor Steinhoff, tiene usted que ayudarnos; queremos arreglar un juego de prendas.

STEINHOFF.—Con el mayor placer; precisamente estoy de un excelente humor. *(Se va hacia el fondo, se pone de acuerdo con ella, y los dos empiezan a colocar sillas, etc.)*

ERICH.—*(A media voz.)* ¿Qué diablos contaba mi padre, señor Heire? ¿Qué discurso es ese que al parecer pronunció anoche Steinhoff el abogado?

HEIRE.—¡Oh! ¿Pero no lo sabe usted? Aguarde usted hasta mañana, y ya leerá usted la historia en el periódico de Bahlmann, al desayunarse. *(Se separa de él.)*

MALSBERG.—(*A Dransfelt.*) ¿Conque, querido Dransfelt, sigue usted con su manía?

DRANSFELT.—No es manía. Cuando se está en peligro de que lo echen, vale más dejar el campo libremente. Ya tengo sucesor. Steinhoff está dispuesto...

MALSBERG.—¿Steinhoff?

DRANSFELT.—Sí; ¿no era esa la idea? Yo tomé por una indicación lo que usted dijo ayer de que el hombre necesitaba apoyo, y que era preciso que alguien se uniese a él.

MALSBERG.—Quería referirme a sus ataques contra la desmoralizadora farsa democrática que se está haciendo en Storli.

DRANSFELT.—¿Pero cómo puede usted estar tan seguro de que Steinhoff va a romper con esas gentes?

MALSBERG.—Eso lo ha probado anoche, querido.

DRANSFELT.—¿Anoche?

MALSBERG.—Sí; cuando habló del desmoralizador influjo de Monsen.

DRANSFELT.—(*Pasmado.*) ¿De Monsen?

MALSBERG.—La verdad es que estuvo terriblemente violento. Le llamé caja de caudales, basilisco y qué sé yo cuántas cosas más por el estilo. ¡Oh, era verdaderamente un encanto oírlo!

DRANSFELT.—¡Un encanto! ¿De veras?

MALSBERG.—Sí, Dransfelt; no niego que le envidio por esos golpes. Pero ahora es preciso que le protejamos...

DRANSFELT.—(*Decidido.*) ¡Hay que apoyar a Steinhoff...; eso no tiene duda!

AGNES.—Papá, tú tienes que jugar también.

MALSBERG.—¡Por Dios, niña!...

AGNES.—Sí, sí, ven. Selma lo quiere.

MALSBERG.—En ese caso, tengo que someterme. (*En voz baja, mientras se va.*) Es triste lo de Dransfelt; empieza a envejecer verdaderamente.

Figúrate que no ha entendido lo que Steinhoff dijo anoche...

AGNES.— Ven, ven. Ahora vamos a jugar. (*Se lo lleva al círculo en el que los jóvenes están jugando.*)

ERICH.— (*Grita desde su sitio.*) ¡Señor Heire, se le ha nombrado a usted juez de prendas!

HEIRE.— ¡Hombre! Es el primer nombramiento de mi vida.

STEINHOFF.— (*En el círculo también.*) A causa de su conocimiento con la Justicia, señor Heire.

HEIRE.— ¡Oh, mis amables amigos!; será una verdadera alegría para mí poder juzgarles a todos ustedes... ¡Bueno, basta!

STEINHOFF.— (*Se desliza hasta Dransfelt, que está en primer término, a la derecha.*) Hablaba usted con el gentilhombre. ¿Han hablado ustedes de mí, acaso?

DRANSFELT.— Por desgracia, de lo de anoche.

STEINHOFF.— (*Con un movimiento de disgusto.*) ¡Diablo!

DRANSFELT.— Dice que ha sido usted terriblemente violento.

STEINHOFF.— Crea usted que me atormenta bastante...

DRANSFELT.— Podía usted arreglarlo ahora...

ERICH.— (*Grita.*) ¡Señor Steinhoff, le toca a usted!

STEINHOFF.— ¡Voy! (*Rápidamente, a Dransfelt.*) ¿Cómo arreglarlo?

DRANSFELT.— Cuando tenga usted ocasión, pídale usted al gentilhombre que le disculpe.

STEINHOFF.— ¡Sí que lo haré, sí que lo haré!

SELMA.— ¡Pronto, pronto!

STEINHOFF.— ¡Voy allá, señora! ¡Aquí estoy!

(*El juego continúa en medio de alegres risas. Algunos señores mayores juegan a las cartas. Dransfelt se sienta a la izquierda, y Heire se sienta a su lado.*)

HEIRE.— ¡Pues no dice que he tenido que ver con la Justicia!

DRANSFELT.—Tiene una lengua desvergonzada. Eso no puede negarse.

HEIRE.—Por eso la familia Malsberg le hace la corte. Es lamentable ver cómo le temen.

DRANSFELT.—Se equivoca usted. El gentilhombre no le teme. Cree que el discurso de ayer iba contra Monsen.

HEIRE.—¿Monsen? Eso son tonterías.

DRANSFELT.—¡No, no; de veras! Ringdal o la señorita han debido decirle que...

HEIRE.—¡Y va y le convida para el gran banquete! ¡Pero eso es magnífico!

DRANSFELT.—¡Pero calle usted, que...!

HEIRE.—¡Callarme! ¿Una historia semejante? No, amigo mío; eso no puede usted esperarlo de mí.

SELMA.—(*Desde el círculo.*) Señor juez, ¿qué debe hacer el dueño de la prenda?

ERICH.—(*A Heire, disimuladamente.*) ¡Es de Steinhoff! Busque usted algo divertido.

HEIRE.—¿Esta prenda? Déjeme usted ver. ¡Oh! Por ejemplo, podría..., bien, basta. ¡Que pronuncie un discurso!

STEINHOFF.—¡Oh, no, dispénsenme ustedes! Ya lo hice ayer bastante mal.

MALSBERG.—Muy bien, señor Steinhoff. Yo entiendo algo de oratoria.

DRANSFELT.—(*A Heire.*) Si ahora no se trabuca es un demonio.

HEIRE.—¿Trabucarse? ¡Sí, sí! ¡Ya está usted bueno! (*A media voz, a Steinhoff.*) Lo que ayer descompuso usted puede arreglarlo ahora.

STEINHOFF.—(*Como acometido de una idea repentina.*) ¡Dransfelt, aquí está la ocasión!

DRANSFELT.—(*Eludiendo.*) ¡Juegue usted bien sus cartas! (*Coge el sombrero y se va deslizado hacia la puerta.*)

STEINHOFF.—Bien; pronunciaré un discurso.

LAS SEÑORAS JÓVENES.—¡Bravo! ¡Bravo!

STEINHOFF.—¡Coged vuestros vasos, señoras y señores! ¡Voy a pronunciar un discurso que comienza por un cuento, pues en este ambiente me siento excitado por un hálito de poesía!

ERICH.—(*A las señoras.*) ¡Oíd! ¡Oíd!

(*El gentilhombre coge su vaso de la mesa de juego y se queda allí de pie. Ringdal, Felder y otros señores vienen del jardín.*)

STEINHOFF.—Era en primavera. Y un cuco joven llegó al valle. El cuco es un pájaro de fortuna. Abajo en el valle se celebraba precisamente una fiesta de pájaros, y bandadas de aves domésticas y silvestres estaban congregadas. Gallinas y gansos venían apresurados; del patio de Storli venía volando ruidosamente un pavo enorme, que abanicaba las alas y se daba importancia cacareando pau, pau, pau, como si quisiese decir: Yo soy el pavo de Storli.

MALSBERG.—¡Muy bien! ¡Admirable!

STEINHOFF.—Por allí andaba también un viejo pájaro carpintero. Este trepaba por las ramas de los árboles, las agujereaba con su pico apuntado y sacaba gusanos e inmundicia que le revolvía a uno la bilis; a derecha y a izquierda se oía: Pic, pic, pic... Y era el pájaro carpintero...

ERICH.—Perdone usted, ¿no sería una cigüeña o...?

HEIRE.—¡Basta!

STEINHOFF.—Era el viejo pájaro carpintero. Pero en esto se animó la asamblea. Pues encontraron uno sobre el que podían piar, y así juntaron las cabezas y comenzaron a piar en coro, hasta que el joven cuco empezó también a piar...

FELDER.—(*Disimuladamente.*) ¡Por Dios, calla, hombre!

STEINHOFF.—Y aquel piar se dirigía a un águila que posaba en solitaria majestad sobre una roca escarpada. Sobre el águila estaban todos de acuerdo. «Es el terror de toda la comarca», graznó un cuervo ronco. Pero el águila bajose en vuelo majestuoso, cogió al cuco y lo elevó consigo a la altura... Y desde allá arriba contemplaba el pájaro de fortuna la comarca. Allí había quietud y luz del sol. Allí aprendió a juzgar a las bandadas de gallinas...

FELDER.—(*En voz alta.*) ¡Se acabó! ¡Música! ¡Música!

MALSBERG.—¡Silencio! No le interrumpa usted.

STEINHOFF.—Señor Malsberg... Aquí termina mi fábula, y en presencia de tantos me pongo ante usted y le pido perdón por lo de ayer.

MALSBERG.—(*Dando un paso hacia atrás.*) ¡A mí...!

STEINHOFF.—Gracias por la manera que ha tenido usted de vengarse de mis frases imprudentes. En adelante tendrá usted en mí un luchador decidido y fiel. Y con esto, señoras y señores, un ¡viva! al señor Malsberg.

MALSBERG.—(*Se agarra a la mesa para no caer.*) ¡Muchas gracias, señor abogado!

LOS CONVIDADOS.—(*La mayor parte en una penosa confusión.*) ¡Señor Malsberg! ¡Señor Malsberg!

MALSBERG.—¡Señoras, señores míos! (*En voz baja.*) ¡Agnes!

AGNES.—¡Padre mío!

MALSBERG.—¡Doctor, doctor, lo que ha hecho usted!

STEINHOFF.—(*Con el vaso en la mano, radiante de alegría.*) ¡Y ahora, cada cual a su sitio! ¡Felder, entra tú también... en la Unión de la Juventud! ¡El juego está en todo su apogeo!

HEIRE.—(*En primer término izquierda.*) ¡Sí, sí que está en su apogeo!

(*Dransfelt desaparece por la puerta del fondo.*)

ACTO TERCERO

Una habitación elegantemente amueblada, con la entrada al fondo. A la izquierda una puerta que va al despacho del gentleman; más atrás, otra puerta que va a las habitaciones. A la derecha, puerta que va al despacho del administrador de la fundición; antes de esta una ventana.

Agnes está llorando en un sofá, a la izquierda. El gentleman pasea agitado arriba y abajo.

MALSBERG.—Bueno; ahora vienen los efectos: lágrimas y lamentos...

AGNES.—¡Oh! ¡Ojalá no hubiéramos visto nunca a ese horrible Steinhoff!

MALSBERG.—Más bien debías decir a ese horrible doctor.

AGNES.—¿Felder?

MALSBERG.—¡Sí, Felder! ¿No fue él quien me engañó...?

AGNES.—No, papá; yo fui.

MALSBERG.—¡Tú! Bueno, pues vosotros dos. Los dos juntos. ¡A espaldas mías! ¡Magnífico!

AGNES.—¡Oh, papá! Si supieses...

MALSBERG.—Ya lo sé, ya lo sé. Sé demasiado, demasiado.

(Felder entra por el fondo.)

FELDER.—Buenos días, señor Malsberg. Buenos días, señorita.

MALSBERG.—(*Paseando por la habitación.*) ¿Está usted ahí? Buena la ha hecho usted, buena.

FELDER.—Sí; ha sido un asunto muy desagradable.

MALSBERG.—(*Mirando por la ventana.*) ¿De veras? (*Dando una patada en el suelo.*) ¡Haber sido puesto en ridículo por un aventurero semejante! ¿Y qué es lo que habrán pensado de mí mis invitados? ¡Que yo he sido bastante cobarde para querer comprar a esa persona..., a ese..., ese...! ¡Lo que Dransfelt dice!

FELDER.—Pero...

AGNES.—(*Disimuladamente.*) ¡Silencio!

MALSBERG.—(*Después de una pausa corta, volviéndose a Felder.*) Diga usted sinceramente, doctor... ¿Es que soy yo más tonto que la generalidad de los hombres?

FELDER.—¿Cómo puede usted pensar eso?

MALSBERG.—Pues si no, ¿cómo es posible que yo haya sido probablemente el único que no comprendió que el maldito discurso iba dirigido contra mí?

FELDER.—Porque usted mira su posición en la comarca con ojos distintos de los del resto de la población.

MALSBERG.—Yo veo mi posición de la misma manera que la veía mi padre. Y a mi padre no le hubiera ocurrido eso.

FELDER.—Pero su padre de usted murió hace treinta años.

MALSBERG.—Sí; es verdad que han cambiado muchas cosas desde entonces. Pero yo estoy fuera de los partidos.

FELDER.—No del todo, señor Malsberg. Por lo menos le alegraba a usted el creer que los ataques iban dirigidos contra Monsen.

MALSBERG.—No me hable usted de ese hombre. Él es quien ha pervertido la conciencia moral de la gente. Por desgracia, también le ha vuelto la cabeza a mi señor hijo.

AGNES.—¿A Erich?

FELDER.—¿A su hijo?

MALSBERG.—Sí, sí. ¿Para qué necesitaba meterse en especulaciones mercantiles?

FELDER.—Pero, querido amigo, tiene derecho a vivir y...

MALSBERG.—Con un poco de economía podía vivir perfectamente con la herencia de su padre.

FELDER.—Es posible que pudiera vivir de ella. ¿Pero para qué iba a vivir?

MALSBERG.—¿Para qué? Bueno; si es absolutamente necesario que viva para algo, ahí tiene su título de licenciado en Derecho. ¿No podría vivir para su ciencia?

FELDER.—No, porque eso sería contrario a su naturaleza. Y luego, cuando se tienen ante los ojos ejemplos tan tentadores..., cuando se ven gentes que de la nada sacan millones...

MALSBERG.—¿Millones? ¡Bah! Quedemos en los cientos de miles. Pero ni millones ni cientos de miles pueden reunirse conservando limpias las manos. Y, naturalmente, mi hijo no ha nacido para eso. Por tanto, no tenga usted miedo; el negocio del comerciante Malsberg no dará millones de sí.

(Selma, vestida con traje de paseo, entra por la puerta del centro.)

SELMA.—Buenos días. ¿No está aquí mi marido?

MALSBERG.—Buenos días. ¿Buscas a tu marido?

SELMA.—Sí; me dijo que tenía que venir aquí. El señor Monsen llegó esta mañana y...

MALSBERG.—¿Monsen? ¿Va Monsen a vuestra casa?

SELMA.—Algunas veces; casi siempre por asuntos de negocios... Pero, Agnes, ¿qué es eso? ¿Has llorado?

AGNES.—¡Oh, no! No es nada.

SELMA.—Sí, sí. En casa Erich estaba de mal humor, y aquí... Os lo noto perfectamente; ha tenido que ocurrir algo. ¿Qué es ello?

MALSBERG.—Por lo menos para ti nada. Eres demasiado delicada para soportar cargas, Selma. Idos a la sala, entretanto. Si Erich ha dicho que ve-

nía, de seguro que vendrá.

SELMA.—Vamos... ¡Y cuida de que no me cojan corrientes! (*Rodeándola con un brazo.*) ¡Oh Agnes, cómo te quiero! ¡Quisiera estrujarte! (*Se van por la izquierda.*)

MALSBERG.—De modo que han llegado ya hasta eso los dos especuladores. Debían formar sociedad: Monsen y Malsberg... ¡Qué bien iba a sonar! (*Llaman a la puerta del fondo.*) ¡Adelante!

(*Entra Steinhoff.*)

MALSBERG.—(*Dando un paso atrás.*) ¡Cómo!

STEINHOFF.—¡Sí; aquí estoy otra vez, señor gentilhombre!

FELDER.—Pero, hombre. ¿Tú estás loco?

STEINHOFF.—Ayer noche se retiró usted temprano. Cuando Felder me explicó la cosa ya había usted...

MALSBERG.—Haga usted el favor... No necesito explicación ninguna...

STEINHOFF.—Bien está. Pero no piense usted que vengo a eso.

MALSBERG.—¿No? ¿Entonces...?

STEINHOFF.—Ya sé que le he ofendido a usted.

MALSBERG.—También yo lo sé. Y antes de que le eche a usted de aquí, dígame usted a qué viene.

STEINHOFF.—¡Vengo porque amo a su hija de usted, señor gentilhombre!

FELDER.—¡Cómo!

STEINHOFF.—Vengo a pedirle la mano de su hija.

MALSBERG.—¿Usted? ¿Usted? ¿Pero oye usted esto, doctor?

STEINHOFF.—Usted no me conoce más que por mi conducta de ayer y de anteayer. Eso no me basta. Además, yo no soy el mismo que antes. El trato con usted y con los suyos ha hecho en mí el efecto bienhechor de una lluvia de primavera. ¡En una sola noche se han abierto brotes! ¡No haga usted que tenga que volver a la oscuridad!

MALSBERG.—¿Pero mi hija...?

STEINHOFF.—¡Oh! Ya la conseguiré.

MALSBERG.—¿De veras? ¡Hum!

STEINHOFF.—Porque lo quiero... Oiga usted, señor gentilhomme. Sea usted prudente y razonable. Una familia como la de usted necesita nuevos entronques; si no, se idiotiza la casta...

MALSBERG.—¡Pero este hombre está loco!

STEINHOFF.—¡Chist! Tenga usted calma. ¡Deje usted esas manías aristocráticas! Ya verá usted lo que se alegra cuando me haya conocido mejor. Sí, sí. Usted y su hija. ¡A su hija ya la obligaré!...

MALSBERG.—¿Qué piensa usted de eso, doctor?

FELDER.—Me parece que esto es ya locura.

STEINHOFF.—¡Claro está! Para ti sería locura. ¡Pero yo no me dejo asustar por prejuicios!

MALSBERG.—Señor abogado, allí está la puerta.

STEINHOFF.—¿Me echa usted?...

MALSBERG.—¡Haga usted el favor de marcharse! Es usted un caballero de fortuna y un..., un...

STEINHOFF.—¿Qué soy yo?

MALSBERG.—Y lo otro. ¡Lo que tengo en la punta de la lengua!

STEINHOFF.—Mire usted que si me cierra el camino le perseguiré, le atacaré en los periódicos. Mis latigazos le harán a usted gritar y en vano vendrá luego a pedirme amparo...

MALSBERG.—¡Que le amparen a usted antes en un manicomio! Porque ese es el sitio de usted.

STEINHOFF.—¡Ajá! Un buen consejo. Ya veo que hoy no hay posibilidad de entenderse con usted. No pido otra cosa sino poder hablar con su hija. Lo mejor que haría usted sería permitírmelo, darla ocasión de que elija. Ahora ya lo sabe usted todo. Adiós, señor gentilhomme... En su mano está el tenerme como amigo o como enemigo. (*Se va por la puerta del centro.*)

MALSBERG.—¡Hasta ese punto hemos llegado! ¡En mi propia casa tengo que sufrir tales escarnios!

FELDER.—Solo Steinhoff hace eso; ningún otro se atrevería.

MALSBERG.—Hoy, él; mañana, otro.

FELDER.—¡Que vengan! ¡Yo les recibiré!...

MALSBERG.—¿Usted, que es quien tiene la culpa de todo?... ¡Oh, este Steinhoff es el pillo más desvergonzado que he conocido en mi vida!... Y a pesar de eso, a pesar de eso..., yo no sé qué hay en él que me agrada.

FELDER.—Sin duda que tiene talento...

MALSBERG.—¡Lo que tiene es una gran franqueza, señor doctor! No intriga por detrás, como ciertas gentes... Es..., es...

FELDER.—¡A qué discutir sobre eso! Pero sea usted firme; frente a Steinhoff, no y mil veces no.

MALSBERG.—¡Guárdese usted para sí ese consejo! Tenga usted la seguridad de que ni él ni nadie...

(Ringdal entra por la derecha.)

RINGDAL.—Perdone usted, señor gentilhombre. Solo quiero decirle... *(Cuchicheando.)*

MALSBERG.—¿Cómo? ¿En su despacho?

RINGDAL.—Entró por la puerta trasera, y pide con tal solicitud hablar con usted...

MALSBERG.—¡Hum!... Doctor, vaya usted un momento a hablar con las señoras. Ahí está... Pero no le diga usted nada a Selma de Steinhoff y su visita. Ninguna de estas cosas debe llegar hasta ella. Por lo que toca a mi hija, preferiría que se callase usted la boca; pero... ¡Oh, quisiera...! ¡Váyase usted, váyase usted adentro! *(Felder se va por la puerta de las habitaciones interiores. Ringdal se ha vuelto a su despacho; tras una pequeña pausa sale de él Monsen.)*

MONSEN.—*(Desde la puerta.)* Perdone usted que...

MALSBERG.—¡Adentro, adentro! ¿Qué desea usted?

MONSEN.—No es tan fácil de decir. Señor gentilhombre, yo, gracias a Dios, soy un hombre que tiene casi todo lo que puede desear.

MALSBERG.—Eso me parece que es mucho decir.

MONSEN.—He tenido suerte y he llegado adonde me proponía. Por eso he pensado que podía ser tiempo de ir desprendiéndome de alguno de mis negocios, y si al hacerlo pudiera prestarle a usted algún servicio...

MALSBERG.—¿A mí?

MONSEN.—Cuando, hace cinco años, salieron a subasta los bosques comunales, usted les puso...

MALSBERG.—Sí, pero usted pujó más, y se quedó con ellos.

MONSEN.—Ahora puede usted obtenerlos con todas sus pertenencias...

MALSBERG.—¿Después que han sido talados de tal modo!

MONSEN.—Tienen todavía un valor considerable, y explotados por usted, seguramente que en algunos años...

MALSBERG.—Gracias; no puedo meterme en eso tan fácilmente.

MONSEN.—Le advierto a usted que podría ganarse mucho dinero. Y por lo que toca a mí..., hablando francamente..., yo tengo en proyecto una gran especulación. Esta vez he puesto mucho en el juego, y me parece que se podrá ganar bastante, hacia los doscientos mil...

MALSBERG.—¿Doscientos mil? Efectivamente, no es una pequeñez.

MONSEN.—¡Ya lo creo! Muy hermosa para cogerla y ponerla a buen recaudo. Pero cuando se da una gran batalla se necesitan aliados. Metálico no abunda, y los nombres que suenan bien están muy gastados...

MALSBERG.—De eso se han encargado ciertas gentes...

MONSEN.—Y bien, señor gentilhombre, ¿por qué no podríamos hacer negocio nosotros dos? Usted tendrá los bosques por un precio ridículo...

MALSBERG.—No los quiero a ningún precio, señor Monsen.

MONSEN.—Ahora, que una buena oferta bien merece otra: señor gentilhombre, ¿quiere usted ayudarme?

MALSBERG.—¿Qué quiere usted decir?

MONSEN.—Naturalmente, ofrezco garantías. Tengo posesiones bastantes. Mire usted. Estos papeles...

MALSBERG.—(*Rechazando los papeles.*) Lo que usted quiere es una ayuda pecuniaria...

MONSEN.—Dinero, no. Nada de eso. Su firma de usted contra garantía e indemnización y...

MALSBERG.—¿Y viene usted a mí con semejantes proposiciones?

MONSEN.—Precisamente a usted. (*Malsberg hace un movimiento.*) Señor gentilhombre, ¿no quiere usted decirme lo que tiene contra mí? Yo no creo haberme atravesado nunca en su camino.

MALSBERG.—¿No? Voy a citarle a usted un caso: fundé una Caja para mis empleados y para el público; pero enseguida abre usted su negocio bancario, y la gente comienza a llevar a su casa sus ahorros...

MONSEN.—¡Naturalmente!; como que doy un tanto por ciento mayor.

MALSBERG.—Pero, en cambio, lleva usted más interés.

MONSEN.—Pero, en cambio, en mi casa no hay dificultades con cauciones y cosas análogas.

MALSBERG.—Por desgracia. Y por esa razón se hacen aquí negocios por veinte, treinta mil coronas, sin que ni comprador ni vendedor tengan un céntimo. Ya lo sabe usted, señor Monsen. Esto es lo que yo tengo contra usted. Y otra cosa todavía: ¿cree usted que mi hijo tiene mi aprobación para esas empresas locas en que anda metido?

MONSEN.—¡Pero la culpa no es mía!...

MALSBERG.—El ejemplo de usted fue lo que le tentó a él y a otros. ¿Por qué no se contentó usted con su negocio?

MONSEN.—¿Con la madera, como mi padre? ¿Pero es que es un delito tratar de elevarse algo?

MALSBERG.—¿Por qué medios se elevó usted? Primero con el aguardiente. Luego empezó usted a comprar créditos poco seguros, para cobrarlos después despiadadamente..., y así sucesivamente. ¡A cuántos ha arrui-

nado usted para poder subir! Hay una porción de familias distinguidas que pesan, por culpa de usted, sobre la beneficencia pública.

MONSEN.—Daniel Heire no anda muy lejos de eso.

MALSBERG.—Ya entiendo. ¡Pero de mi conducta con Heire puedo responder ante Dios y ante los hombres! Cuando reivindicé mis bienes tenía la ley a mi favor.

MONSEN.—Tampoco yo he infringido ninguna ley.

MALSBERG.—¡Pero sí los mandatos de su propia conciencia! Y además, ¡cómo ha destruido aquí toda idea de orden! ¡Cómo ha hecho usted que disminuyese el respeto que debía infundir la riqueza! Ya nadie pregunta cómo se ha adquirido el capital, el tiempo que hace que es patrimonio de la familia. No se pregunta más que cuánto tiene la gente, y según lo que tenga así se la juzga... Y yo sufro también las consecuencias. Usted y yo nos hemos convertido en camaradas. Se nos cita siempre juntos, porque somos los dos mayores propietarios de la comarca. ¡Y eso no puedo soportarlo! Sépalo usted. Eso es lo que tengo contra usted.

MONSEN.—Eso se va a acabar. Quiero retirarme de los negocios, ceder en todos los puntos ante usted. ¡Pero le conjuro a que me ayude!

MALSBERG.—No.

MONSEN.—Estoy dispuesto a pagar cuanto...

MALSBERG.—¿A pagar? ¡Y se atreve usted...!

MONSEN.—¡Si no por mí, hágalo usted por su hijo!

MALSBERG.—¿Por mi hijo?

MONSEN.—Sí; tiene también parte en el negocio. Unas ochenta mil coronas le corresponderán.

MALSBERG.—¿De ganancia?

MONSEN.—Sí.

MALSBERG.—¿Pero quién pierde ese dinero?

MONSEN.—¿Cómo?

MALSBERG.—¡Claro! Para que mi hijo lo gane, alguien tiene que perderlo.

MONSEN.—Un negocio ventajoso. No puedo decirle nada más. Pero necesito un nombre de prestigio. Basta su firma...

MALSBERG.—¿Firma? ¿En documentos?...

MONSEN.—Por cincuenta o sesenta mil coronas... Es por la forma...

MALSBERG.—¡Cómo! ¿Mi nombre? ¡De ninguna manera! Yo no he puesto jamás mi nombre en documentos ajenos.

MONSEN.—¿Nunca?

MALSBERG.—¡Jamás!

MONSEN.—¡Hum! Y sin embargo, yo lo he visto.

MALSBERG.—¿Qué es lo que ha visto usted?

MONSEN.—La firma de usted... en una letra.

MALSBERG.—¡No es verdad! ¡No la ha visto usted!

MONSEN.—¡Sí, señor! En una letra de diez mil coronas. Haga usted memoria.

MALSBERG.—Ni de diez mil ni de cien mil. ¡Por mi honor, que no lo he hecho nunca!

MONSEN.—Entonces, estará falsificada...

MALSBERG.—¿Falsificada?

MONSEN.—Sí, imitada. Pues verla, la he visto.

MALSBERG.—¿Dónde? ¿A quién?

MONSEN.—Eso no se lo digo.

MALSBERG.—Bien. Ya lo averiguaremos.

MONSEN.—¡Le ruego...!

MALSBERG.—¡Cállese usted! ¡De modo que ya hemos llegado a eso! ¡A mezclarme en negocios sucios! ¡Una falsificación! ¡Claro, así no hay que

extrañarse de que me pongan en el mismo nivel que a otras personas! Pero yo arreglaré cuentas con ellos.

MONSEN.—¡Señor gentleman! Por usted mismo, le ruego...

MALSBERG.—¡Déjeme usted! ¡Siga usted su camino! ¡Usted es la causa! ¡Sí, usted! ¡En su casa de usted se lleva una vida de pecado!

MONSEN.—¡Eso es demasiado! ¡Ya se arrepentirá usted de esas palabras!

MALSBERG.—¡Váyase usted al diablo con sus amenazas! ¿Qué quiere usted hacerme? ¡A mí! Me preguntaba qué es lo que tenía contra usted. Pues ahí tiene usted la contestación. Ahora ya sabe por qué me mantengo alejado de la buena sociedad.

MONSEN.—Pues bien: yo haré que la buena sociedad descienda...

MALSBERG.—¡Por allí se sale!

MONSEN.—Ya conozco la salida, señor Malsberg. (*Se va por la puerta del centro.*)

MALSBERG.—(*Se va a la puerta de la derecha y la abre.*) ¡Ringdal, Ringdal! ¡Venga usted!

RINGDAL.—¡Señor gentleman!

MALSBERG.—(*Llamando hacia la sala.*) ¡Señor doctor, tenga usted la bondad! Vaya, Ringdal, ya empiezan a cumplirse mis profecías.

FELDER.—¿Qué desea usted, señor gentleman?

RINGDAL.—¿Qué profecías?

MALSBERG.—Hacemos grandes progresos. Andan por ahí letras falsificadas en circulación.

RINGDAL.—¿Letras falsificadas?

MALSBERG.—Letras falsificadas, sí. ¿Y a nombre de quién, cree usted? ¡A mi nombre!

FELDER.—¿Pero quién ha sido el que ha falsificado?

MALSBERG.—¿Cómo puedo saberlo?... Doctor, hágame usted un favor. La letra ha tenido que presentarse, o al Banco de Ahorros, o a la Caja

de préstamos de la fundición. Vaya usted inmediatamente a ver a Dransfelt. Como administrador del Banco, tiene que saber si esa letra...

FELDER.—Dentro de un momento estoy aquí. (*Se va rápidamente por la puerta del centro.*)

MALSBERG.—Y usted, Ringdal, vaya a informarse a la Caja de préstamos. En cuanto sepamos quién ha sido, llevaremos el asunto a los Tribunales. ¡Contra estafadores no hay piedad!

RINGDAL.—Bien, señor gentleman. No hubiera creído que fuese posible una cosa semejante. (*El gentleman pasea arriba y abajo, y luego va a entrar en su despacho. En el mismo momento aparece Erich por la puerta del centro.*)

ERICH.—¡Querido papá!...

MALSBERG.—¿Estás ahí?

ERICH.—Tengo que hablar contigo.

MALSBERG.—No estoy en la mejor disposición; pero ¿qué quieres?

ERICH.—Ya sabes, papá, que hasta ahora no te he mezclado nunca en mis negocios.

MALSBERG.—Tampoco lo hubiera consentido.

ERICH.—Pero hoy me veo obligado...

MALSBERG.—¿A qué te ves obligado?

ERICH.—¡Padre, tienes que ayudarme!

MALSBERG.—¿Quieres dinero? Pues puedes estar seguro de que...

ERICH.—¡Esta sola vez! Te juro que no volveré a repetir... Te confieso que estoy en ciertas relaciones con Monsen...

MALSBERG.—Ya lo sé. Ya sé que traéis entre manos una hermosa especulación.

ERICH.—¿Especulación? ¿Nosotros? ¿Quién te lo ha dicho?

MALSBERG.—Monsen mismo.

ERICH.—¿Ha estado aquí Monsen?

MALSBERG.—Ahora mismo. Acabo de mostrarle la puerta.

ERICH.—Padre, si no me ayudas estoy arruinado.

MALSBERG.—¿Tú?

ERICH.—Sí. Monsen me ha adelantado dinero con unos intereses terribles. Va a expirar el plazo...

MALSBERG.—Ahí lo tienes. ¿Qué es lo que yo te había dicho?

ERICH.—Sí, sí; pero ahora es demasiado tarde para...

MALSBERG.—¿Arruinado? ¡En dos años! ¿Pero cómo podías esperar otra cosa? ¿Qué querías hacer entre esos jugadores de manos que deslumbran a la gente con capitales que nunca existieron?

ERICH.—Padre, ¿quieres salvarme o no?

MALSBERG.—No. Por última vez, no.

ERICH.—Mi honor está comprometido...

MALSBERG.—¡Nada de frases! No es cuestión de honor el ser aquí un negociante afortunado; casi al contrario. Vete a casa, pon en orden tus cosas, dale a cada uno lo suyo, y que se acabe la historia... Cuanto antes mejor.

ERICH.—¡Oh! Tú no sabes...

(Selma y Agnes entran.)

SELMA.—He oído la voz de Erich... ¡Dios mío! ¿Qué pasa?

MALSBERG.—Nada. Volveos adentro.

SELMA.—No, yo no me voy. Quiero saberlo. Erich, ¿qué pasa?

ERICH.—Pasa..., ¡que estoy perdido!

SELMA.—¿Qué es lo que se ha perdido?

ERICH.—Todo.

SELMA.—*(Con amargura.)* ¿Todo? ¿Te refieres a tu dinero?

ERICH.—Dinero, casa, legítima... ¡Lo único que me queda eres tú! Tenemos que conllevar juntos la desgracia.

SELMA.—¿Desgracia? ¿Conllevar juntos? (*Dando un grito.*) Ahora sirvo para eso, ¿verdad?

MALSBERG.—¡Pero por Dios!...

ERICH.—¿Qué quieres decir?

AGNES.—¡Serénate, por Dios!

SELMA.—No. Ya no puedo callar, disimular; no puedo fingir por más tiempo. Ahora vais a saberlo. ¡No quiero ayudarte a conllevar nada!

ERICH.—¡Selma!

MALSBERG.—¿Pero qué dices, hija mía?

SELMA.—¡Oh, cómo me habéis maltratado! ¡Qué miserablemente, vosotros todos! Yo debía tomar siempre; nunca dar. Jamás me habéis pedido ni el más pequeño sacrificio. No me creáis buena ni para llevar la más pequeña carga. ¡Os odio! ¡Os odio a todos vosotros!

ERICH.—¿Pero qué te pasa?

MALSBERG.—¡Está enferma! ¡Ha perdido la razón!

SELMA.—¡Qué sedienta estaba de una sola gota de vuestros cuidados! Pero siempre que pedía participar de ellos se me rechazaba con una broma amistosa. Me vestíais como una muñeca; jugabais conmigo como con una niña. ¡Oh, con qué júbilo hubiera soportado las más pesadas cargas! ¡Con qué ansia deseaba la vida en que todo palpita, lucha y se eleva! Ahora sí. Ahora que Erich ya no tiene nada, ahora soy yo buena para eso. Pero yo no quiero ser lo que se toma en último recurso. Ahora soy yo la que no quiere participar de vuestros cuidados. ¡Quiero irme de tu lado! ¡Prefiero jugar y cantar en la calle...! ¡Déjame! ¡Déjame! (*Se marcha rápidamente por la puerta del centro.*)

ERICH.—(*Siguiéndola.*) ¡Selma! ¡Selma!

MALSBERG.—Agnes, ¿tenía algún sentido todo eso, o...?

AGNES.—¡Oh, sí; ahora lo veo; sí que tenía sentido! (*Se va por la puerta del centro.*)

(*Ringdal entra por la derecha.*)

RINGDAL.—Señor gentilhombre, vengo de la Caja de préstamos...

MALSBERG.—¿Y la letra?...

RINGDAL.—Todo está en orden; no han visto letra ninguna a su nombre.

FELDER.—(*Entrando con Dransfelt por la puerta del centro.*) ¡Ruido infundado, señor gentilhombre!

MALSBERG.—¿De veras? ¿Tampoco en el Banco de Ahorros?

DRANSFELT.—No. En todo el tiempo de mi administración no ha pasado ante mis ojos ninguna letra con su nombre de usted...; excepto, naturalmente, la de su hijo.

MALSBERG.—¿La de mi hijo?

DRANSFELT.—Sí; la letra que aceptó usted a comienzos de la primavera para él.

MALSBERG.—¿Para mi hijo?

DRANSFELT.—Sí; haga usted memoria; una de diez mil coronas.

MALSBERG.—(*Medio desvanecido se apoya en el respaldo de una silla.*) ¡Oh, Dios mío!

FELDER.—¿Pero qué es eso?

RINGDAL.—¡Es imposible!

MALSBERG.—(*Dejándose caer en una silla.*) ¡Calma, calma! ¿Una letra de mi hijo? ¿Aceptada por mí? ¿De diez mil coronas?

FELDER.—(*A Dransfelt.*) ¿Y esa letra está en el Banco de Ahorros?

DRANSFELT.—Ahora ya no. Monsen la ha cobrado la semana pasada...

MALSBERG.—¿Monsen?

RINGDAL.—Puede ser que Monsen esté todavía en la fundición. Voy a...

MALSBERG.—¡Quédese usted!

HEIRE.—(*En el fondo.*) Buenos días, señores. Buenos días, querido. Muchas gracias por lo de ayer. Van ustedes a oír unas historias...

RINGDAL.—Perdone usted. No tenemos tiempo...

HEIRE.— Hay otros que tampoco tienen tiempo. Por ejemplo, el señor Storli.

MALSBERG.— ¿Monsen?

HEIRE.— ¡Oh, una historia magnífica! Las intrigas electorales marchan que da gusto. ¿Sabes qué proyectos corren? ¡Te quieren comprar, querido!

DRANSFELT.— ¿Comprar?

MALSBERG.— Lo que han hecho con la rama creen poder hacerlo con el tronco.

HEIRE.— ¡Oh, Dios me castigue si no es la historia más estúpida que he oído! Entro en casa de la señora Rundholm, y he aquí que me encuentro al abogado y al propietario conversando animadamente y bebiendo vino de Oporto... ¡Un potingue asqueroso!... No hubiera bebido ni una gota; bueno; tampoco me lo ofrecieron. En esto me grita Monsen: «¿Qué apuesta usted a que en la elección el gentilhombre vota con nosotros?» «¿De veras?», contesto. «¿Y cómo se van a arreglar, ustedes?» «¡Oh! — responde —. Con ayuda de esta letra...»

FELDER Y RINGDAL.— ¿Una letra?

DRANSFELT.— ¿En la elección de mañana?

MALSBERG.— Bueno, ¿y qué más?

HEIRE.— Yo no sé más de esto. La letra era... de diez mil coronas. Tanto se paga el voto de las gentes de prestigio. ¡Es una vergüenza!

MALSBERG.— ¿Una letra de diez mil coronas?

RINGDAL.— ¿Y la tiene Monsen?

HEIRE.— No; la cedió al abogado.

DRANSFELT.— ¿Sí?

FELDER.— ¿A Steinhoff?

MALSBERG.— ¿Estás seguro de eso?

HEIRE.— ¡Claro que lo estoy! «Haga usted de ella el uso que le plazca», le oí decir. Pero no comprendo...

DRANSFELT.—Oiga usted, señor Heire... Y usted también, Ringdal...
(*Hablan los tres en voz baja en el fondo.*)

FELDER.—¡Señor gentleman!

MALSBERG.—¿Qué?

FELDER.—La letra de su hijo es, naturalmente, legítima...

MALSBERG.—Debía serlo.

FELDER.—¡Naturalmente! Pero si se sabe de la existencia de esa letra falsa...

MALSBERG.—Yo la denunciaré ante los Tribunales.

FELDER.—¡Claro está! Pero tiene usted que hacer más todavía.

MALSBERG.—(*Poniéndose en pie.*) Más no puedo hacer.

FELDER.—¡Sí, sí! Tiene usted que salvar al desgraciado que...

MALSBERG.—¿De qué modo?

FELDER.—Muy sencillamente. Reconociendo su firma.

MALSBERG.—¿Cree usted, doctor, que en nuestra familia puede ocurrir una cosa semejante?

FELDER.—Creo lo mejor, señor gentleman.

MALSBERG.—¿Y me ha creído usted por un momento capaz de una mentira? ¿Me cree usted capaz de amparar falsificadores?

FELDER.—Bien; ¿pero sabe usted cuál será la consecuencia?

MALSBERG.—¡Al delincuente le corresponde el Código penal! (*Se va por la izquierda.*)

ACTO CUARTO

Habitación en casa de la señora Rundholm. La puerta de entrada al fondo; puertas pequeñas a ambos lados. A la derecha una ventana; delante de la misma una mesa de escribir. Hay una segunda mesa un poco más atrás, en el centro de la habitación.

LA SEÑORA RUNDHOLM.—*(En alta voz, detrás de la puerta de la izquierda.)* ¡Me es igual! Dígales que no han venido para escoger y no beber. Si no quieren esperar, que se vayan.

STEINHOFF.—Buenos días, señora Rundholm. *(Se va a la puerta de la izquierda y llama.)* ¡Buenos días, señora Rundholm!

LA SEÑORA RUNDHOLM.—*(Dentro.)* ¿Quién está ahí?

STEINHOFF.—Yo. Steinhoff. ¿Puedo entrar?

LA SEÑORA RUNDHOLM.—¡No, no! Tiene una que tener aspecto de persona para que se deje ver. *(Asomando la cabeza envuelta en una tela.)* ¿Qué pasa? No, no me mire usted, señor Steinhoff... ¡Oh, ahí está alguien! *(Cierra la puerta.)*

BAHLMANN.—*(Entra por el fondo con un paquete de periódicos debajo del brazo.)* Buenos días, señor Steinhoff.

STEINHOFF.—¡Qué!, ¿ha salido?

BAHLMANN.—¡Naturalmente! Lea usted aquí: «La fiesta de la Constitución... De nuestro redactor especial.» Aquí, en la otra página, está la fun-

dación de la Unión. El discurso de usted va a la cabeza; las frases fuertes van subrayadas.

STEINHOFF.—Me parece que lo ha subrayado usted todo.

BAHLMANN.—Sí, casi todo.

STEINHOFF.—¿Y la hoja extraordinaria la habrá repartido usted ayer?

BAHLMANN.—Por de contado. Por toda la comarca; lo mismo a subcriptores que a no subscriptores. ¿Quiere usted verla? (*Dándole un ejemplar.*)

STEINHOFF.—(*Pasándole la vista por encima.*) «El señor Dransfelt quiere renunciar su acta de diputado... Sus largos y fieles servicios... ¡Hum! La Unión fundada el día de la libertad; la Unión de la Juventud... El abogado Steinhoff el alma de ella... Reformas en conformidad con el espíritu del tiempo...» Bien; está bien escrito. ¿Han comenzado ya las elecciones?

BAHLMANN.—Toda la Unión está en funciones. Lo mismo los que tienen voto que los que todavía no lo tienen.

STEINHOFF.—A esos que se los lleve el diablo..., sea dicho entre nosotros. Bueno; váyase usted a la calle y trate de convencer a los que le parezcan dudosos.

BAHLMANN.—Sí que lo haré.

STEINHOFF.—Dígales usted que, en el fondo, Dransfelt y yo tenemos las mismas opiniones...

BAHLMANN.—De eso ya me encargaré yo; conozco la política local. (*Se va por la derecha.*)

LA SEÑORA RUNDHOLM.—(*Sale por la izquierda, arreglada.*) Aquí me tiene usted, señor Steinhoff. ¿Era tan importante...?

STEINHOFF.—Nada de eso... Quería preguntar solamente cuándo viene Monsen.

LA SEÑORA RUNDHOLM.—No vendrá hoy.

STEINHOFF.—¿No?

LA SEÑORA RUNDHOLM.—No; a las cuatro de la mañana pasó por aquí en carruaje. Y entró aquí, figúrese usted..., para que le prestase dinero.

STEINHOFF.—¿Monsen?

LA SEÑORA RUNDHOLM.—Sí. Es un hombre que necesita muchísimo dinero. ¡Ojalá tenga suerte! Y usted lo mismo. Porque parece que va a ser usted diputado...

STEINHOFF.—¿Yo? ¡Bah! Tonterías. ¿Quién dice eso?

LA SEÑORA RUNDHOLM.—Uno de las gentes de Dransfelt.

(Entra Heire por el fondo.)

HEIRE.—¡Hum, hum! Buenos días. Supongo que no estorbaré.

LA SEÑORA RUNDHOLM.—¡De ningún modo!

HEIRE.—¡Demonio qué suntuosidad! ¿No se habrá arreglado usted así para mí?

LA SEÑORA RUNDHOLM.—¡Naturalmente! Pues una se arregla para los solteros.

HEIRE.—Para los pretendientes, señora Rundholm; para los pretendientes. Por desgracia, mis muchos pleitos no me dejan tiempo libre...

LA SEÑORA RUNDHOLM.—¡Bah! Para casarse siempre hay tiempo.

HEIRE.—De ningún modo. Porque el matrimonio exige el hombre entero. Pero si no se casa usted conmigo, puede casarse con otro. Porque debía usted volver a casarse.

LA SEÑORA RUNDHOLM.—Eso lo pienso yo a veces.

HEIRE.—Es muy comprensible. Una vez que se han probado las dulzuras del matrimonio... El difunto Rundholm era un ejemplar magnífico...

LA SEÑORA RUNDHOLM.—Eso precisamente no lo afirmaré yo. Era grosero y le gustaba beber un vasito. Pero un hombre siempre es un hombre.

HEIRE.—¡Muy bien! ¡Y una viuda es una viuda!

LA SEÑORA RUNDHOLM.—¡Y los negocios son negocios! Cuando pienso en el trabajo... Nadie paga; siempre tengo que recurrir al Juzgado.

Casi me haría falta tener un abogado para mí sola.

HEIRE.—¡Oh, oh! Entonces diríjase usted a Steinhoff; es soltero y libre...

LA SEÑORA RUNDHOLM.—¡Oh, qué hombre más antipático! No quiero saber nada de usted. (*Se va por la derecha.*)

HEIRE.—¡Una mujer admirable! ¡Decidida y activa! Sin hijos; dinero a réditos... Pero hoy tendrá usted en la cabeza otras cosas.

STEINHOFF.—De ningún modo. Acabo de depositar mi voto. ¿Pero usted por quién vota, señor Heire?

HEIRE.—Yo no tengo voto, querido. No quedaba más que una cuadra de perros registrada, y la adquirió usted...

STEINHOFF.—Si algún día se queda usted sin casa, está a su disposición...

HEIRE.—¡Aja! ¡Qué bromista es usted!... Sí; ¡claro!, ¡la juventud tiene buen humor!... Pero me voy a ver la casa de fieras que anda suelta por la calle. Parece que toda la Unión está sobre las armas. (*Viendo a Felder, que entra por la puerta del centro.*) Aquí tenemos al doctor. ¿Viene usted en nombre de la ciencia?

FELDER.—¿De la ciencia?

HEIRE.—Sí; por la epidemia. Tenemos una fiebre electoral terriblemente maligna. ¡Seguid bien, mis jóvenes amigos! (*Se va por la derecha.*)

STEINHOFF.—¿Has visto al gentilhombre?

FELDER.—Sí.

STEINHOFF.—¿Y qué decía?

FELDER.—¿Qué decía?

STEINHOFF.—Sí; le escribí una carta.

FELDER.—¿De veras? ¿A propósito de qué?

STEINHOFF.—Diciéndole que seguía con la esperanza de llegar a conseguir la mano de su hija. Que deseaba hablar con él sobre este asunto, y que iría mañana a verle.

FELDER.—Por lo menos debías aplazar la visita. Mañana es el cumpleaños del gentilhombre. Estará la casa llena de gente.

STEINHOFF.—Precisamente por eso; cuantos más, mejor. Tengo buenas cartas en la mano.

FELDER.—¿Y lo has dado a entender?

STEINHOFF.—¿Cómo?

FELDER.—Quiero decir, si has adornado tu declaración de amor con pequeñas amenazas o cosas semejantes.

STEINHOFF.—¡Felder, tú has leído la carta!

FELDER.—¡No!

STEINHOFF.—Bien; sí que le he amenazado.

FELDER.—Entonces, hasta cierto punto te traigo una contestación a tu carta.

STEINHOFF.—¿Una contestación? ¡Vamos, hombre; pronto!

FELDER.—(*Mostrándole una papeleta cerrada.*) Esta es la papeleta electoral del gentilhombre.

STEINHOFF.—¿Y por quién vota?

FELDER.—Por ti no.

STEINHOFF.—Entonces, ¿por quién? ¿Por quién, te digo?

FELDER.—Por el alcalde y por el administrador.

STEINHOFF.—¿Cómo! ¿Ni siquiera por Dransfelt?

FELDER.—No. ¿Y sabes por qué? Porque Dransfelt quiere proponerte como su sucesor.

STEINHOFF.—¡A eso se atreve!

FELDER.—Sí; y agregó: «Si ve usted a Steinhoff, díglele por quién voto. Quiero que sepa en qué relaciones estamos.»

STEINHOFF.—Bien; será como desea. Pero tú, Felder, ¿qué tienes? ¿Tú también tienes algún proyecto...?

FELDER.—¿Yo?

STEINHOFF.—¡Sí, tú! Tú andas por ahí calladito y trabajas en silencio contra mí. ¿Por qué lo haces? ¡Sé sincero! ¿Quieres?

FELDER.—Francamente, no. Eres demasiado desconsiderado para poder ser sincero contigo. Utilizas todo lo que sabes sin el menor escrúpulo. Ahora, por la amistad que te tengo, te aconsejo: deja de pensar en la señorita Malsberg.

STEINHOFF.—No puedo. Tengo que salir de esta maraña en que estoy metido. Esto es insoportable. Me veo obligado a dejar que todo el mundo me coja del brazo, tengo que escuchar sus chistes de mal gusto y tutearme con estudiantes. En medio de todo esto, ¿cómo puede conservarse puro mi amor al pueblo? La palabra encendida me falta. Me falta el aire limpio en que poder respirar... Pero, ¿qué entiendes tú de estas cosas?

(Entra Dransfelt por el fondo.)

DRANSFELT.—Aquí se encuentra uno con buenos amigos. Buenos días.

STEINHOFF.—¡Una novedad interesante, señor Dransfelt! ¿Sabe usted por quién vota el gentilhombre?

FELDER.—¡Calla!

STEINHOFF.—*(Impertérrito.)* Por el alcalde y el administrador.

DRANSFELT.—Eso era de esperar. Usted se ha indisputado con él... ¡Tanto como yo le advertí que jugase bien sus cartas!

FELDER.—¡Ten cuidado de que otros no hagan también lo mismo! *(Se va por la derecha.)*

STEINHOFF.—Ese tiene algo preparado. ¿No puede usted figurarse lo que puede ser?

DRANSFELT.—No. Pero es verdad... Ya veo que ha probado usted como periodista.

STEINHOFF.—¿Yo?

DRANSFELT.—Sí; con la hermosa oración fúnebre que me dedica.

STEINHOFF.—¡Naturalmente! Ha sido ese imbécil de Bahlmann...

DRANSFELT.—Se publican también sus ataques contra el gentilhombre.

STEINHOFF.—Sin mi aprobación. Si yo quisiera atacar al gentilhombre, podría hacerlo con mejores armas.

DRANSFELT.—¿Sí?

STEINHOFF.—¿Conoce usted esta letra? Vea usted. ¿Es buena?

DRANSFELT.—¿Que si es buena? ¿La letra esta?

STEINHOFF.—Sí; examínela usted bien.

(Heire por la derecha.)

HEIRE.—¿Pero qué demonios es...? ¡Oh, qué veo! ¡Por Dios, señores, no moverse! ¿Saben ustedes a lo que me recuerdan? A una noche de verano allá en el Norte.

DRANSFELT.—¡Vaya una comparación original!

HEIRE.—Una comparación exactísima. El sol poniente y el saliente en estrecha unión. ¡Magnífico! Pero, ¿saben ustedes lo que pasa por ahí afuera? Los señores ciudadanos corren por ahí como gallinas espantadas, y chillan y cacarean, sin saber sobre qué rama posarse.

STEINHOFF.—Es que es un día muy importante.

HEIRE.—¡Váyase usted con su importancia al cuerno! ¡Es otra cosa completamente distinta lo que produce la algarada, amigos míos! Se habla de una gran ruina; de una bancarrota... No política, señor Dransfelt...

STEINHOFF.—¿Bancarrota?

HEIRE.—¡Oh, ahora se anima el abogado! Sí, señor; bancarrota. Hay uno que está para caer; el hacha amenaza ya las raíces del árbol... Bueno, basta. Parece que han pasado dos forasteros en carruaje; pero, ¿adónde iban? ¿Con quién va la cosa? ¿No lo sabe usted, señor Dransfelt?

DRANSFELT.—Yo sé callar, señor Heire.

HEIRE.—¡Naturalmente! Usted es un político, un hombre de Estado... ¡Oh! Pero me voy; es preciso que me entere. De veras que es divertido con estos caballeros de la letra. Son como perlas en un cordón; en cuanto uno cae, allá van los demás detrás. *(Se va por el fondo.)*

STEINHOFF.—¿Hay algo de verdad en lo que dice?

DRANSFELT.—Me ha enseñado usted una letra. Me pareció ver en ella la firma de Malsberg, hijo.

STEINHOFF.—La del gentilhombre también.

DRANSFELT.—¿Y me preguntaba usted si era buena?

STEINHOFF.—Sí; examínela usted.

DRANSFELT.—No es muy buena.

STEINHOFF.—¿De modo que es falsa?

DRANSFELT.—¿Falsa? Las letras falsas suelen ser las más seguras; son las que primero se cobran.

STEINHOFF.—Pero, ¿qué le parece a usted de esta?

DRANSFELT.—Temo que haya muchas de la misma clase, señor Steinhoff.

STEINHOFF.—¿Cómo? No es posible que...

DRANSFELT.—Si el cordón se rompe y cae el joven Malsberg, caerán con él los que más próximos le estén.

STEINHOFF.—(*Agarrándole de un brazo.*) ¿A quiénes se refiere usted con ese «próximos»?

DRANSFELT.—¿Hay alguien más cercano al hijo que el padre?

STEINHOFF.—¡Pero entonces...!

DRANSFELT.—¡Yo no he dicho nada! No lo olvide usted; Daniel Heire es quien ha hablado aquí de ruina y bancarrota...

STEINHOFF.—Y, naturalmente, todo esto cae también sobre..., sobre los hijos.

DRANSFELT.—Sí; la hija es digna de compasión. Su parte materna es muy reducida, y además, ¡sabe Dios si estará asegurada!

STEINHOFF.—¡Oh, ahora entiendo el consejo de Felder! ¡Sigue siendo mi antiguo amigo fiel!

DRANSFELT.—¿Pero qué le pasa a usted? ¿Por qué tiene usted ese aspecto tan desesperado? ¿Espero que no le habré hecho a usted desgraciado!

STEINHOFF.—¿Desgraciado?

DRANSFELT.—Sí, sí, ya lo veo. ¡Oh, qué majadero he sido!... Pero, querido Steinhoff, si usted quiere de veras a la muchacha, ¿qué le importa que sea rica o pobre?

STEINHOFF.—¿Que qué me importa?

DRANSFELT.—¡Claro! El dinero no es la base de un matrimonio feliz.

STEINHOFF.—Sin duda que no...

DRANSFELT.—Y con sus condiciones ya saldrá usted adelante. Querido amigo, obre usted de modo que no tenga que arrepentirse más tarde.

STEINHOFF.—¿Pero qué pasa en ese caso con su renuncia de usted?

DRANSFELT.—Entonces, desgraciadamente, no podría sostenerla. ¿Cree usted que soy capaz de exigir que sacrifique usted de tal manera su corazón?

STEINHOFF.—¡Pues realizaré ese sacrificio! Le probaré a usted que tengo la fuerza necesaria para ello. Allá afuera está un pueblo lleno de anhelos... ¡No tengo el derecho de negarme a calmarlos!

DRANSFELT.—Sí; pero la propiedad...

STEINHOFF.—Sabré responder también en cuanto a eso a las exigencias de mis conciudadanos, señor Dransfelt. ¡Veo mi camino, un camino nuevo, y lo emprendo! ¡Renuncio a la felicidad de trabajar en la oscuridad para aquellos a quienes amo!

DRANSFELT.—(*Le mira con admiración y estrecha su mano.*) ¡Sin duda que tiene usted grandes condiciones, señor Steinhoff! (*Se va por la derecha.*)

(*Steinhoff pasea por la estancia; unas veces se para en la ventana, otras se mesa el cabello. Poco después entra por el fondo Bastián.*)

BASTIÁN.—¡Aquí estoy!

STEINHOFF.—¿De dónde vienes?

BASTIÁN.— ¡De la nación!

STEINHOFF.— ¡Nación! ¿Qué quieres decir con eso?

BASTIÁN.— ¿No sabes lo que quiere decir la nación? Quiere decir el pueblo, el pueblo bajo, los que no tienen nada ni son nada, los que están todavía sujetos por cadenas...

STEINHOFF.— ¿Qué tiradas son esas?

BASTIÁN.— ¿Tiradas?

STEINHOFF.— Oye. Hace algún tiempo que noto que me andas imitando; imitas hasta mi traje y mi letra. Puedes ir dejándolo.

BASTIÁN.— ¿Por qué? ¿Es que no pertenecemos los dos al mismo partido?

STEINHOFF.— Pero esas cosas no las tolero... Te pones en ridículo.

BASTIÁN.— ¿Me pongo en ridículo porque procuro seguir tus huellas?

STEINHOFF.— Sí, si me imitas como un mono... Pero oye... ¿Cuándo vuelve tu padre?

BASTIÁN.— No lo sé. Creo que se ha ido a Cristianía. Unos ocho días es posible que esté fuera.

STEINHOFF.— ¿Tanto tiempo? Eso no nos conviene. Trae un gran negocio entre manos, ¿verdad?

BASTIÁN.— Yo también traigo entre manos un gran negocio. Oye, Steinhoff, tienes que hacerme un favor.

STEINHOFF.— Con mucho gusto. ¿De qué se trata?

BASTIÁN.— ¡Si vieras!... ¡Me siento tan fuerte!... Eso te lo debo a ti; tú me has despertado... Bueno; tengo que emprender algo, quiero casarme.

STEINHOFF.— ¿Casarte? ¿Con quién?

BASTIÁN.— ¡Chist! Es aquí, en la casa.

STEINHOFF.— ¿Con la señora Rundholm?

BASTIÁN.— ¡Chist! Sí; ella es. ¡Háblale en mi favor! Tiene un gran negocio, está en buenas relaciones con el gentilhombre. Si me caso con ella,

acaso me den las obras del Ayuntamiento... Bueno; y además, ¡estoy enamorado de ella!

STEINHOFF.—¡Enamorado, enamorado! Te lo figuras. Yo no quiero tener nada que ver en eso.

BASTIÁN.—Pero escucha...

STEINHOFF.—¡Te digo que me dejes en paz con esas historias! (*A Felder, que viene por la derecha.*) ¿Cómo va la elección?

FELDER.—Admirablemente. Dransfelt dice que casi todos los votos son para ti.

STEINHOFF.—¿De veras?

FELDER.—Sí; pero, ¿de qué te sirve? Mientras no seas propietario...

STEINHOFF.—(*Con voz contenida.*) ¿No es una maldición?...

FELDER.—Amigo mío, no se pueden conseguir dos cosas al mismo tiempo. Si por un lado se gana, se pierde por el otro. ¡Adiós! (*Sale por la puerta del centro.*)

BASTIÁN.—¿Qué significa eso de perder y ganar?

STEINHOFF.—Ya te lo diré luego. Pero oye, querido Monsen; volviendo a nuestro asunto. Te prometí hablar en tu favor...

BASTIÁN.—¿Qué me prometiste?... ¡Al contrario! Lo que...

STEINHOFF.—¡Pero si tú no me dejas explicarme! Si quieres de veras a la muchacha...

BASTIÁN.—A la viuda.

STEINHOFF.—¡Oh, es lo mismo!... Quiero decir que cuando se quiere verdaderamente a una mujer, esto solo basta...

BASTIÁN.—¿De modo que quieres hablar en mi favor?

STEINHOFF.—Con el mayor placer. Pero con una condición: tienes que hacer lo mismo por mí.

BASTIÁN.—¿Yo? ¿Con quién?

STEINHOFF.—¿De veras que no has notado nada? Pues era bien fácil.

BASTIÁN.— ¡No será...!

STEINHOFF.— ¿Hertha, tu hermana? Ella es. ¡Oh, no puedes figurarte la impresión que hizo sobre mí el verla moverse hacendosa y modesta!...

BASTIÁN.— Aquí tienes mi mano. Hablaré por ti; estate tranquilo. Y por lo que hace a Hertha..., tiene que hacer lo que papá y yo queramos.

STEINHOFF.— Sí; pero tu padre...; de él quería hablar precisamente...

BASTIÁN.— ¡Silencio! Ahí viene la señora Rundholm. Háblala por mí. Hazlo lo mejor que puedas; de lo demás me encargo yo. *(Se va por la puerta del centro; en el mismo momento entra por la derecha la señora Rundholm.)*

LA SEÑORA RUNDHOLM.— La elección va como una seda, señor Steinhoff; todos votan por usted.

STEINHOFF.— ¡Es admirable!

LA SEÑORA RUNDHOLM.— Sí; Dios sabe lo que dirá Monsen cuando lo sepa.

STEINHOFF.— Señora Rundholm, tengo que hablar con usted dos palabras.

LA SEÑORA RUNDHOLM.— ¿Qué, qué?

STEINHOFF.— ¿Quiere usted escucharme?

LA SEÑORA RUNDHOLM.— ¡Claro que sí! ¡Con gusto!

STEINHOFF.— Hace un momento hablaba usted de su soledad...

LA SEÑORA RUNDHOLM.— ¡Oh, era ese viejo antipático de Heire!...

STEINHOFF.— Se lamentaba usted de lo difícil que es para una viuda...

LA SEÑORA RUNDHOLM.— ¡Oh, sí! ¡Quisiera que lo probara usted, señor Steinhoff!

STEINHOFF.— Pero si apareciese un hombre joven...

LA SEÑORA RUNDHOLM.— ¿Un hombre joven?

STEINHOFF.— Uno que la amase a usted en secreto desde hace mucho tiempo, y a quien también le resulta difícil marchar solo por la vida... Si tu-

viera usted en sus manos la felicidad de dos vidas, señora Rundholm, la de usted y...

LA SEÑORA RUNDHOLM.—¿Y la de ese joven...?

STEINHOFF.—Eso es... En ese caso, ¿no estaría usted dispuesta a...?

LA SEÑORA RUNDHOLM.—¡Oh, Dios mío! ¡Claro que sí!... ¡Amor mío, encanto!...

STEINHOFF.—(*Retrocediendo un paso.*) ¿Eh?

LA SEÑORA RUNDHOLM.—¡Alguien viene!

(*Hertha, muy agitada, entra rápidamente por el fondo.*)

HERTHA.—Perdonen ustedes. ¿No está aquí mi padre?

LA SEÑORA RUNDHOLM.—¿Su padre de usted? Sí..., no...; me parece... ha pasado por aquí en un carruaje.

HERTHA.—¿Ha pasado por aquí...?

LA SEÑORA RUNDHOLM.—Sí. Pero, señorita... ¡Oh, no puede usted figurarse lo dichosa que soy! Aguarde aquí un momento, mientras voy a la bodega y traigo una botella de lo mejor. (*Se va por la izquierda.*)

STEINHOFF.—Diga usted, señorita, ¿busca usted de veras a su padre?

HERTHA.—Ya lo ha oído usted.

STEINHOFF.—¿Y no sabía usted que estaba fuera?

HERTHA.—¡Oh, yo qué sé! A mí no me dicen nunca nada. ¡Adiós!

STEINHOFF.—(*Cortándole el paso.*) ¡Hertha!... ¡Oiga usted! ¿Por qué ha cambiado usted así para conmigo?

HERTHA.—¿Yo? ¡Déjeme usted!

STEINHOFF.—No. Considero como una señal del cielo el que haya venido usted precisamente en este momento. ¡Oh, no tenga usted miedo! Antes era usted de otro modo.

HERTHA.—¡Esos tiempos, gracias a Dios, pasaron ya!

STEINHOFF.—¿Pero por qué?

HERTHA.—Porque he aprendido a conocerle a usted mejor..., gracias a lo que supe bastante a tiempo.

STEINHOFF.—¡Oh! ¡Me han calumniado! Acaso la culpa es mía; me habían enredado en una red. ¡Pero ahora se acabó! ¡Al verla a usted me transformo en otro hombre! ¡A usted es a quien amo!... ¡A usted y a ninguna más!

HERTHA.—¡Déjeme usted marchar! ¡Le tengo miedo!

STEINHOFF.—Pero mañana, Hertha, ¿puedo ir a su casa y hablar con usted mañana?

HERTHA.—Sí; venga usted, si quiere. ¡Pero, por Dios, hoy no!

STEINHOFF.—¿Hoy no? ¡Victoria! He vencido. ¡Soy feliz!

LA SEÑORA RUNDHOLM.—(*Viene por la izquierda con vino y pasteles.*) ¡Ahora, bebamos por la dicha!

STEINHOFF.—¡Por la dicha en el amor! ¡Por el amor y la dicha! ¡Viva el día de mañana! (*Bebe.*)

HELLE.—(*Entra por la derecha. A Hertha.*) ¿Le ha encontrado usted?

HERTHA.—No; no está aquí. ¡Venga usted, venga usted!

LA SEÑORA RUNDHOLM.—¿Qué significa eso?

HELLE.—Nada; es que han llegado a Storli unos amigos del señor Monsen, y...

LA SEÑORA RUNDHOLM.—¿Tiene usted otra vez invitados?

HERTHA.—Sí, sí. Tengo que irme a casa; perdone usted. ¡Adiós!

STEINHOFF.—(*Acompañándola.*) ¡Adiós! ¡Hasta mañana!

(*Helle y Hertha se van por el fondo. Entra Heire por la derecha.*)

HEIRE.—La cosa marcha maravillosamente. Steinhoff, Steinhoff, Steinhoff, chillan todos; todos le votan; él será el elegido. También debía elegirle usted, señora Rundholm.

LA SEÑORA RUNDHOLM.—¡Oh, qué cosas dice usted! ¿Pero de veras que todos votan por él?

HEIRE.— Todos. Es el que goza de la confianza pública. ¿No es así la frase? El viejo Dransfelt va de un lado para otro con una cara como un pepino en conserva. ¡Oh, es una dicha ver el jaleo!

LA SEÑORA RUNDHOLM.— No le habrán elegido en vano. Si no puedo votar, puedo hacer otra cosa. (*Se va por la izquierda.*)

HEIRE.— Sí; usted es un consuelo de viudas admirable, señor Steinhoff. ¿Sabe usted una cosa? Debía usted agarrarse a ella. ¡Lo tenía usted todo resuelto!

STEINHOFF.— ¿A la señora Rundholm?

HEIRE.— Sí, señor. Es una mujer admirable en todos sentidos. Y en cuanto se apaguen las magnificencias de Storli, será la primera figura del pueblo.

STEINHOFF.— ¿Pero qué? En Storli no ha pasado nada malo.

HEIRE.— ¿No? Tiene usted mala memoria, querido. ¿No se habla de ruina y bancarrota? ¿No se ha buscado aquí a Monsen? Han llegado a Storli dos señores...

STEINHOFF.— Dos convidados. Ya sé...

HEIRE.— Sin invitar, mi joven amigo. Se habla de policía, de acreedores furibundos...; se han hecho unos experimentos con ciertos papeles; sépalo usted. Y a propósito, ¿qué papel era aquel que le dio a usted Monsen ayer?

STEINHOFF.— Nada, un documento cualquiera. ¿Dice usted que experimentos con papeles?... Oiga usted: ¿conoce usted la letra del gentilhomme Malsberg?

HEIRE.— Creo que sí.

STEINHOFF.— (*Sacando la letra.*) Bien; vea usted esto.

HEIRE.— Más cerca...; soy un poco corto de vista; pero (*Después de verlo.*) eso no lo ha escrito el gentilhomme.

STEINHOFF.— ¿No? ¡De modo que...!

HEIRE.— ¿Y la letra, es de Monsen?

STEINHOFF.— No; de Malsberg, hijo.

HEIRE.—¡Hum! Déjeme usted ver. (*Examina la letra, y la devuelve.*)
Puede encender un pitillo con ella.

STEINHOFF.—¡Cómo! ¿También la firma del hijo...?

HEIRE.—Está falsificada, joven. Falsificada, como me llamo Daniel Heire. Basta mirarla con el ojo afinado de la desconfianza...

STEINHOFF.—¿Pero cómo es posible?... Monsen no ha debido haber sabido...

HEIRE.—¿Monsen? Monsen no entiende ni los papeles propios ni los ajenos. Pero está bien que acabe mal. Es una satisfacción a la conciencia moral. Y lo más divertido del caso es que, al caer Monsen, cae también con él Malsberg el negociante; a su vez el negociante arrastra al gentilhombre...

STEINHOFF.—Sí; eso mismo decía Dransfelt también.

HEIRE.—Ahora que, naturalmente, la bancarrota se hará con método. Verá usted. Yo suelo acertar bien: Monsen va a la cárcel, el negociante hace quiebra, y al gentilhombre le ponen en administración...; es decir, sus acreedores le regalan unos miles de duros anuales como pensión vitalicia. ¡Así suelen ir las cosas, señor Steinhoff! Conozco eso, conozco eso... ¿Cómo se dice en latín?... *Fiat justitia, pereat mundus*; es decir... ¡Uf! ¡Vaya una justicia la de este mundo corrompido!

STEINHOFF.—(*Paseando, excitado, arriba y abajo.*) ¿Los dos caminos cerrados?

HEIRE.—¿Cómo?

STEINHOFF.—¡Y precisamente ahora!... ¡Ahora!

(*Entra Bahlmann apresuradamente por la derecha.*)

BAHLMANN.—¡Enhorabuena, enhorabuena, señor Steinhoff!

STEINHOFF.—¿Elegido?

BAHLMANN.—Con ciento diez y siete votos. Dransfelt, cincuenta y tres. Los demás, esparcidos.

HEIRE.—¡De manera que ha dado usted el primer paso en el camino de los honores!

BAHLMANN.—Hay que celebrarlo con un ponche. (*Por la izquierda, llamando.*) ¡Venga ponche, señora Rundholm! ¡Convida el nuevo representante del pueblo!

(*Dransfelt y algunos electores van entrando por la derecha.*)

HEIRE.—(*Con ironía, a Dransfelt.*) ¡Cincuenta y tres! ¡Esa es la recompensa al ciudadano encanecido al servicio de la patria!

DRANSFELT.—(*Bajo a Steinhoff.*) ¿Sigue usted firme en...?

STEINHOFF.—¿De qué sirve estar firme cuando todo vacila?

DRANSFELT.—¿Cree usted que ha perdido la partida?

BAHLMANN.—(*Vuelve de la izquierda.*) La señora Rundholm convida... Dice que es la más indicada.

STEINHOFF.—(*Acometido de pronto de una idea.*) ¡La señora Rundholm! ¡La más indicada para...!

DRANSFELT.—¿Para qué?

STEINHOFF.—¡La partida no se ha perdido aún, señor Dransfelt! (*Se sienta en la mesa de la izquierda y escribe.*)

DRANSFELT.—(*En voz baja.*) Oiga usted, Bahlmann: ¿puede usted publicar mañana una cosa mía en su periódico?

BAHLMANN.—¡Naturalmente! ¿Es fuerte?

DRANSFELT.—Nada de eso.

BAHLMANN.—Es lo mismo. La publicaré, a pesar de eso.

DRANSFELT.—Será mi testamento político. Mañana por la mañana se lo enviaré. (*Se va por el fondo.*)

(*Una criada entra por la izquierda.*)

LA CRIADA.—Aquí está el ponche de mi señora.

BAHLMANN.—¡Viva! Ahora se animará la política local. (*Coloca el jarro sobre la mesa, sirve a los demás, y durante lo que sigue bebe incansablemente.*)

BASTIÁN.—(*Que ha entrado entretanto por la derecha.*) ¿No se olvidará usted de mi carta?

BAHLMANN.—¡Esté usted tranquilo! (*Golpeándose en el bolsillo de adentro de la americana.*) ¡Aquí está!

BASTIÁN.—A la primera ocasión, entréguesela. En cuanto la vea usted desocupada. ¿Entiende usted?

BAHLMANN.—Entendido, entendido. (*A la criada.*) ¡Un limón, Lisa; pero pronto, pronto! (*Bastián se aleja.*)

STEINHOFF.—Un momento, Bahlmann. ¿Quiere usted pasarse por aquí mañana a la tarde?

BAHLMANN.—¿Mañana a la tarde? Sí.

STEINHOFF.—Bien; entonces, vaya usted ahí adentro y dele a la señora Rundholm esta carta.

BAHLMANN.—¿De usted?

STEINHOFF.—Métsela usted en el bolsillo. Eso es. Entonces, mañana por la tarde.

BAHLMANN.—Descuide usted.

(*La criada trae lo que la había pedido. Steinhoff va hacia la ventana.*)

BASTIÁN.—¿Qué...? ¿Has hablado con la señora Rundholm?

STEINHOFF.—Sí, pero solo de pasada.

BASTIÁN.—¿Y qué te parece?

STEINHOFF.—Nos interrumpieron; no puedo decirte nada fijo todavía.

BASTIÁN.—Pues aunque sea así, me atrevo. ¡Se lamenta tanto de su viudedad! Dentro de una hora estará decidido.

STEINHOFF.—¿Dentro de una hora?

BASTIÁN.—(*Viendo a la señora Rundholm, que viene por la izquierda.*) ¡Chist! ¡Que no lo note nadie! (*Pasea a lo largo de la habitación.*)

STEINHOFF.—(*A Bahlmann, en voz baja.*) Deme usted la carta que le entregué.

BAHLMANN.—¿La quiere usted otra vez?

STEINHOFF.—Sí, pronto. Quiero entregarla yo mismo.

BAHLMANN.—Aquí la tiene usted.

(Steinhoff se guarda la carta en el bolsillo y se mezcla con los demás.)

LA SEÑORA RUNDHOLM.—*(A Bastián.)* ¿Qué dice usted de la elección, Monsen?

BASTIÁN.—Me parece muy bien; Steinhoff es un buen amigo mío. No me maravillaría que fuese al Parlamento.

LA SEÑORA RUNDHOLM.—Pero a su padre de usted no le gustaría mucho.

BASTIÁN.—¡Oh, papá tiene muchas conchas! Y además, si Steinhoff va al Parlamento, la honra queda hasta cierto punto en la familia.

LA SEÑORA RUNDHOLM.—¿Cómo?

BASTIÁN.—Tiene pretensiones amorosas.

LA SEÑORA RUNDHOLM.—¿Lo ha dicho él?

BASTIÁN.—Sí, y yo le he prometido hablar en su favor. Creo que marchará la cosa, porque me parece que Hertha le ve con buenos ojos.

LA SEÑORA RUNDHOLM.—¿Hertha?

DRANSFELT.—*(Acercándose.)* ¿De qué hablan ustedes con tanto calor, señora Rundholm?

LA SEÑORA RUNDHOLM.—Figúrese usted, Monsen dice que Steinhoff tiene pretensiones amorosas...

DRANSFELT.—¡Claro que sí!; pero el gentilhombre no cederá con tanta facilidad...

BASTIÁN.—¿El gentilhombre?

DRANSFELT.—Es de creer que un simple abogado le parezca demasiado poco para ella...

LA SEÑORA RUNDHOLM.—¿Para quién?

DRANSFELT.—Para Agnes. Para su hija. ¿Para quién iba a ser?

BASTIÁN.—Pero si no es a la señorita Malsberg a la que pretende.

DRANSFELT.—¡Claro que sí!

LA SEÑORA RUNDHOLM.—¿Está usted seguro de eso?

BASTIÁN.—Pero si a mí me dijo... Haga usted el favor. Quiero decirle dos palabras. (*Bastián y Dransfelt se alejan hacia el fondo.*)

LA SEÑORA RUNDHOLM.—(*Acercándose a Steinhoff.*) ¡Esté usted en guardia, señor Steinhoff!

STEINHOFF.—¿Contra quién?

LA SEÑORA RUNDHOLM.—Contra malas gentes. Hay personas aquí que hablan mal de usted.

STEINHOFF.—Allá ellos... Con tal que haya una que no crea nada malo de mí...

LA SEÑORA RUNDHOLM.—¿Quién es esa una?

STEINHOFF.—(*Dándole disimuladamente la carta.*) Léala usted cuando esté sola.

LA SEÑORA RUNDHOLM.—¡Oh, ya lo sabía yo! (*Se va por la izquierda.*)

(*Ringdal entra por la derecha.*)

RINGDAL.—Me dicen que ha salido usted victorioso de la lucha, señor Steinhoff.

STEINHOFF.—Sí, señor; y a pesar de los esfuerzos de su principal.

RINGDAL.—¡Oh! Él no ha hecho más que hacer uso, como los demás, de su derecho electoral.

STEINHOFF.—Sí, sí. La lástima es que en adelante no va a tener muchas ocasiones de hacer uso de él.

RINGDAL.—¿Qué quiere usted decir con eso?

STEINHOFF.—Creo que después que se han hecho ciertas experiencias con ciertos papeles...

RINGDAL.—¿Con ciertos papeles? ¿Con qué papeles?

STEINHOFF.—Hombre, no se haga usted el desentendido. ¿No hay tempestad en la atmósfera? ¿Una bancarrota en gran escala?

RINGDAL.—Sí; eso oigo decir por todas partes.

STEINHOFF.—¿Y es que el gentilhombre y su hijo no están comprometidos en ella?

RINGDAL.—Perdone usted, ¿pero se ha vuelto usted loco?

STEINHOFF.—¿De modo que no es verdad?

RINGDAL.—En lo que se refiere al gentilhombre, ni una palabra. ¿Quién le ha metido a usted eso en la cabeza?

STEINHOFF.—Eso no quiero decirlo todavía.

RINGDAL.—Es lo mismo. Sea quien fuere, no lo ha hecho sin intención.

STEINHOFF.—¡Con intención!

RINGDAL.—Sí; piénselo usted. ¿No conoce a nadie que tenga interés en indisponerle a usted con el gentilhombre?

STEINHOFF.—¡Ya lo creo, ya lo creo que los hay!

RINGDAL.—En el fondo, el gentilhombre tiene muchas simpatías por usted.

STEINHOFF.—¿De veras?

RINGDAL.—Sí; y ahora quieren que usted las pierda... Confían en que no conoce usted la situación de las cosas en la localidad, en que es usted vehemente y crédulo...

STEINHOFF.—¿Sí? ¡Ya lo verán!... ¡Y la señora Rundholm que tiene mi carta!

RINGDAL.—¿Qué carta?

STEINHOFF.—Nada, nada. ¡Pero todavía no es tarde! ¿Verá usted esta noche al gentilhombre, señor Ringdal?

RINGDAL.—¡Claro que sí!

STEINHOFF.—Entonces dígame usted que lo de las amenazas era una tontería; ya sabe lo que es. Dígame que mañana iré yo mismo para ponerlo

todo en claro.

RINGDAL.—¿Que irá usted?

STEINHOFF.—Sí; para probarle... ¡Oh, probarle! Tenga usted, señor Ringdal; dele usted esta letra de mi parte al gentleman.

RINGDAL.—¿Esta letra?

STEINHOFF.—Sí, sí. Usted no puede entenderlo. Pero désela usted, con estas palabras mías: ¡Así me porto yo con los que quieren derrotarme!

RINGDAL.—Así lo haré. (*Se va por el centro.*)

STEINHOFF.—Oiga usted, señor Heire. ¿Cómo pudo usted querer hacerme pasar la historia esa del gentleman?

HEIRE.—¿Yo?

STEINHOFF.—Sí, señor. Era una infame mentira...

HEIRE.—¿Sí? Pues me alegro infinito. Oiga usted, Dransfelt: lo del gentleman es mentira.

DRANSFELT.—¡Chist! ¡Estábamos sobre una pista falsa! ¡La cosa anda más cerca!

STEINHOFF.—¿Eh?

DRANSFELT.—No sé; pero corren rumores de que la señora Rundholm...

STEINHOFF.—¿Cómo?

HEIRE.—¿No lo había profetizado? Esas relaciones con el señor de Storli...

DRANSFELT.—Salió al amanecer en un carruaje...

HEIRE.—Y la familia que le anda buscando por todas partes...

DRANSFELT.—Y el hijo que tanta prisa tiene por poner a su hermana a cubierto...

STEINHOFF.—¡Ponerla a cubierto! ¿Conque sí? Mañana, dijo. ¡Y la inquietud por el padre...!

HEIRE.—¡Oh! Ya verá usted como se ha ahorcado.

BAHLMANN.—¿Qué? ¿Se ha ahorcado alguien?

DRANSFELT.—El señor Heire dice que Monsen...

(Entra Monsen por el centro.)

MONSEN.—¡Venga champaña!

BAHLMANN Y OTROS.—¡Monsen!

MONSEN.—¡Sí, Monsen! ¡Monsen el de la champaña! ¡Monsen el del dinero! ¡Vino, vino! ¡Venga vino!

HEIRE.—¡Pero querido!...

STEINHOFF.—¡Usted! ¿De dónde sale usted?

MONSEN.—¡Vengo de hacer negocios! ¡Cientos de miles de ganancia! Mañana habrá un banquete estupendo en Storli. Todos ustedes están invitados. ¡Champaña he dicho!... Enhorabuena, Steinhoff. Ya sé que le han elegido...

STEINHOFF.—Voy a explicarle a usted cómo...

MONSEN.—¡Qué me importa eso! ¡Vino! ¿Por dónde anda la señora Rundholm? *(Va a entrar por la izquierda.)*

CRIADA.—*(Que acaba de entrar.)* No se puede entrar. La señora está leyendo una carta...

BASTIÁN.—¡Oh! *(Se va por el centro.)*

STEINHOFF.—¿Está leyendo una carta?

CRIADA.—Sí; y está toda excitada.

STEINHOFF.—Adiós, señor Monsen. Mañana al mediodía en Storli...

MONSEN.—¡Sí, mañana!

STEINHOFF.—*(En voz baja.)* Señor Heire, ¿quiere usted hacerme un favor?

HEIRE.—Con mucho gusto.

STEINHOFF.—Póngame en mal concepto con la señora Rundholm. Háblele usted de mí veladamente... Usted sabe hacerlo tan bien...

HEIRE.—¿Pero a santo de qué?

STEINHOFF.—Tengo mis razones; se trata de una broma..., de una apuesta con una persona que no tiene todas sus simpatías...

HEIRE.—¡Ah! Ya entiendo. ¡Basta!

STEINHOFF.—De manera que no me comprometa usted. Pero haga usted que su opinión sobre mí sea confusa...

HEIRE.—Tranquilícese usted. Será un verdadero placer...

STEINHOFF.—¡Gracias! (*A través de la mesa.*) Señor Dransfelt, mañana por la mañana hablaremos en casa del gentilhombre.

DRANSFELT.—¿Tiene usted esperanzas?

STEINHOFF.—¡Triples!

DRANSFELT.—¿Triples? No comprendo cómo...

STEINHOFF.—No necesita usted entenderlo. De hoy en adelante me ayudaré a mí mismo. (*Se va por el fondo.*)

MONSEN.—¡Venga un vaso lleno, Bahlmann! ¿Dónde está Bastián?

BAHLMANN.—Hace un momento que se marchó. Pero tengo una carta suya para entregarla.

MONSEN.—¿A quién?

BAHLMANN.—A la señora Rundholm.

MONSEN.—¡Por fin!

BAHLMANN.—Pero me dijo que no antes de mañana por la tarde. ¡Salud!

HEIRE.—(*A Dransfelt.*) ¿Qué demonios ocurre entre ese Steinhoff y la señora Rundholm?

DRANSFELT.—(*A media voz.*) La pretende.

HEIRE.—¡No lo hubiera pensado! Pero si me pidió que hablase con ella y que lo pintara de un modo equívoco, que lo hiciera sospechoso... Bueno; basta.

DRANSFELT.—¿Y se lo prometió usted?

HEIRE.—¡Claro está!

DRANSFELT.—Le advierto que parece que ha dicho de usted en una ocasión que lo que usted prometía en el este lo cumplía en el oeste.

HEIRE.—¿Conque sí? ¡Pues esta vez se va a equivocar de medio a medio!

LA SEÑORA RUNDHOLM.—¿Dónde está el señor Steinhoff?

HEIRE.—¡Le dio un beso a la criada y luego siguió su camino, señora Rundholm!

ACTO QUINTO

Sala en casa del gentilhombre. La entrada al fondo; puertas a la derecha y a la izquierda. Ringdal está sentado en una de las mesas y hojea unos papeles. Lllaman a la puerta.

RINGDAL.—¡Adelante!

FELDER.—(*Entrando por el centro.*) Buenos días.

RINGDAL.—Buenos días, señor doctor.

FELDER.—¡Qué! ¿Va todo bien?

RINGDAL.—Aquí va todo bastante bien; pero...

FELDER.—¿Pero...?

RINGDAL.—¿No ha oído usted la gran novedad?

FELDER.—No. ¿Qué es ello?

RINGDAL.—Monsen se ha suicidado esta noche.

FELDER.—¿Monsen?

RINGDAL.—Suicidado. Ya ayer circulaban rumores alarmantes; pero en esto volvió Monsen y debe haber sabido disimular muy bien...

FELDER.—Pero, ¿por qué? ¿Por qué razón?

RINGDAL.—Se dice que pérdidas enormes en el suministro de madera. Esta mañana llegó el Juzgado a Storli; lo inventariaron y sellaron todo...

FELDER.—¿Y los pobres hijos...?

RINGDAL.—El hijo ha estado siempre apartado del negocio; por lo menos, ahora hace como si lo estuviera.

FELDER.—¿Pero y la hija?

RINGDAL.—¡Chist! Está aquí.

FELDER.—¿Aquí?

RINGDAL.—Su maestro la trajo esta mañana, y la señorita se ha encargado de ella. Además puedo comunicarle a usted que se ha... ¡Chist!, ahí viene el gentilhombre.

(Entra el gentilhombre por la izquierda.)

MALSBERG.—¿Está usted ahí, querido doctor?

FELDER.—Sí; he venido hoy bastante temprano. Permítame usted que le felicite en el día de hoy.

MALSBERG.—¡Sí, sí, felicidades! Nuestra familia, así como la de Monsen, ha sufrido graves daños. Ya sabrá usted lo de Monsen, ¿verdad?

FELDER.—Sí.

MALSBERG.—*(A Ringdal.)* ¿No se conocen más detalles?

RINGDAL.—Solo se sabe que con él caen una porción de colonos.

MALSBERG.—¿Y mi hijo?

RINGDAL.—Su hijo me ha enviado el balance. Puede dar a cada uno lo suyo; pero no le queda nada. *(Se va por la primera puerta de la derecha.)*

FELDER.—Vamos; todo puede arreglarse tranquilamente.

MALSBERG.—¿Cree usted? ¿Le parece que puedo borrar de mi memoria lo ocurrido?

FELDER.—¿Qué es lo que ha ocurrido? Ya le ha escrito a usted confesando su ligereza y pidiéndole perdón.

MALSBERG.—¿Y qué garantías tengo de que no vuelva otra vez a las andadas?

FELDER.—Por lo menos, lo que le ha pasado con su mujer. Eso seguramente que le ha obligado a serias reflexiones.

MALSBERG.—(*Paseando por la habitación.*) ¡Pobre Selma mía! ¡Nuestra serena dicha destrozada!

FELDER.—Esa dicha no era más que apariencia. En esto, como en otras muchas cosas, había usted edificado en el aire. ¡Estaba usted deslumbrado y era usted orgulloso, señor gentilhombre!

MALSBERG.—(*Parándose.*) ¿Yo?

FELDER.—¡Sí, usted! ¡No tome usted a mal lo que no es producto más que de mi amor a la verdad! Estaba usted orgulloso de la honorabilidad de su familia. ¿Pero cuándo había sido puesta a prueba esta honorabilidad? ¿Sabía usted que era capaz de resistir la tentación?

MALSBERG.—Puede usted ahorrarse todos sus sermones, señor doctor. Los sucesos de los últimos días no han pasado por mí sin dejar huella.

FELDER.—También yo lo creo. Pero, ojalá que eso se muestre en un juicio menos severo y en hacerse cargo más claramente de las cosas. Condena usted a su hijo, pero ¿qué ha hecho usted por él? Le ha dado usted conferencias sobre la conducta propia de los miembros de una familia honorable; pero no ha hecho nacer en él la necesidad inconsciente de obrar con honradez.

MALSBERG.—¿Lo cree usted así?

FELDER.—No solo lo creo, sino que lo sé de cierto. Pero ese es el método general. Las gentes creen que su misión consiste en dar preceptos abstractos y no en presentar ejemplos vivos. Ya vemos a lo que lleva eso. Lo vemos en cientos de personas con grandes dotes, que andan por ahí a medio formar y cuyos sentimientos y sus ideas son completamente distintos de su conducta. Ahí está si no Steinhoff...

MALSBERG.—Steinhoff... Bueno. ¿Qué le parece a usted de él?

FELDER.—Que es una obra hecha a retazos. Le conozco desde la infancia. En su casa brutalidad, en la escuela aspiraciones ideales. El espíritu, el carácter, la voluntad, cada cosa en una dirección distinta. ¿A qué iba a ir a parar todo eso sino a una fragmentación de toda su personalidad?

MALSBERG.—Mi buen doctor, se equivoca usted en su juicio. Vea usted. ¿Qué me dice usted a eso?

FELDER.—¿La letra de su hijo?

MALSBERG.—Sí; que me ha devuelto.

FELDER.—¿Voluntariamente?

MALSBERG.—Voluntariamente y sin condiciones. Eso es hermoso; eso es noble. Sobre usted tiene una ventaja muy grande: es sincero. En cambio usted..., usted trabaja siempre secretamente.

FELDER.—¿Yo?

MALSBERG.—¡Sí, usted! Entra usted aquí como en su casa; consulto con usted todas mis cosas, y sin embargo hay algo misterioso en usted, algo desagradable, algo..., ¡no sé qué cosa de distinción que no puedo soportar!

FELDER.—¡Pero explíquese usted!

MALSBERG.—¿Yo? No. ¡Eso es cosa de usted! Pero dejemos eso por ahora.

FELDER.—Señor gentilhomme, nosotros dos no nos entendemos. Yo no he devuelto ninguna letra; pero pudiera ser que hiciera todavía un sacrificio mayor.

MALSBERG.—¿Sí? ¿Cómo?

FELDER.—Con mi silencio.

MALSBERG.—¿Con su silencio! ¿Quiere usted que le diga de qué me están dando ganas? ¡De hacerme brutal, de decir palabras gruesas, de ingresar en la Unión de la Juventud! Señor doctor, usted es una criatura superdistinguida..., y eso no encaja bien en nuestra libre sociedad. ¡Ahí tiene usted a Steinhoff! ¡Ese sí que es todo lo contrario! Y por eso vendrá a casa. ¡Tiene..., tiene que venir!... ¡Oh, de veras que siento ganas de...!

(Dransfelt por el fondo.)

DRANSFELT.—Felicidades en el día de hoy, señor gentilhomme. Le deseo dicha y honra, y...

MALSBERG.—¡Váyase usted al diablo..., estaba por decir! Todo eso es música. No hay nada en este mundo que resista la prueba.

DRANSFELT.—Eso mismo dicen los acreedores de Monsen.

MALSBERG.—¡Oh, lo de Monsen! ¿No le ha caído a usted como un rayo la noticia?

DRANSFELT.—¡La había usted profetizado hace tanto tiempo!...

MALSBERG.—¡Hum, hum!... Claro que lo he profetizado. Todavía ayer, cuando vino aquí a hacerme proposiciones...

FELDER.—Quizás para salvarse.

DRANSFELT.—Era imposible; estaba ya demasiado hundido..., y lo que ocurre en último término es siempre lo mejor.

MALSBERG.—¿De veras? ¿Le parece a usted también lo mejor el que ayer haya sido usted derrotado en las elecciones?

DRANSFELT.—No fui derrotado. Todo ocurrió según mi voluntad. Con Steinhoff no es posible medirse; tiene una cosa que a los demás nos falta...

MALSBERG.—Exacto.

DRANSFELT.—El de poder arrastrar consigo a la masa. Y luego también lo hice por consideración a usted.

MALSBERG.—¿A mí?

DRANSFELT.—Ya sabe usted; esa letra que tiene en su poder...

MALSBERG.—No la tiene ya.

DRANSFELT.—¿Cómo?

MALSBERG.—Ese es el hombre.

DRANSFELT.—¿Le ha devuelto a usted la letra?

MALSBERG.—Sí. Personalmente es un hombre de honor; eso hay que concedérselo.

DRANSFELT.—(*Pensativo.*) Este Steinhoff tiene talento.

(*Steinhoff por el fondo.*)

STEINHOFF.—(*Quedándose parado en la puerta.*) ¿Se puede?

MALSBERG.—(*Yendo a su encuentro.*) Sin duda que puede usted.

STEINHOFF.—¿Y permite usted que haga votos por su felicidad?

MALSBERG.—Con el mayor placer.

STEINHOFF.—Recíbalos, pues, usted. ¡De todo corazón los hago! Y le suplico que borre todas las tonterías escritas...

MALSBERG.—Yo me atengo a los hechos, señor Steinhoff. De hoy en adelante..., ya que lo desea usted así..., puede usted considerarse aquí como en su casa.

STEINHOFF.—¿Puedo de veras...? (*Llaman a la puerta.*)

MALSBERG.—¡Adelante!

(*Entran varios vecinos, delegados de la fundición, etc. El gentilhombre sale a su encuentro, recibe sus felicitaciones y conversa con ellos.*)

AGNES.—(*Que ha entrado entretanto por la última puerta de la izquierda.*) Señor Steinhoff, yo también le doy las gracias.

STEINHOFF.—¡Usted, señorita!

AGNES.—Papá me ha contado su hermoso rasgo.

STEINHOFF.—¿Pero...?

AGNES.—¡Qué mal le hemos apreciado a usted! ¡Oh, con qué gusto remediaría la injusticia con que lo hemos tratado!

STEINHOFF.—¿Quiere usted..., usted? ¿De veras que quisiera usted...?

AGNES.—Todo; con tal de que pudiéramos...

MALSBERG.—¡Refrescos para los señores, hija mía!

AGNES.—Ahora mismo. (*A Steinhoff.*) ¿Me permite usted...?

STEINHOFF.—¡Oh, por Dios, señorita!

(*Agnes entra adentro, y al poco tiempo aparece un criado, o criada, con vino y pasteles, que va repartiendo durante lo que sigue.*)

STEINHOFF.—Dransfelt, mi buen amigo; me siento como un dios de la victoria.

DRANSFELT.—¿Estaba usted también ayer en esa disposición?

STEINHOFF.—¡Bah! Hoy es otra cosa. Hoy tengo lo mejor: ¡la corona de todo! ¡La gloria, el resplandor de la vida!

DRANSFELT.—¡Conque andamos en pensamientos amorosos!

STEINHOFF.—¡Nada de pensamientos! ¡Dicha, dicha! ¡La dicha del amor!

DRANSFELT.—¿Le ha traído ya su cuñado Bastián la respuesta?

STEINHOFF.—¿Bastián?

DRANSFELT.—Sí; ayer indicó algo de eso. Parece que le había a usted prometido hablar en su favor con cierta hermosa niña.

STEINHOFF.—Eso son tonterías.

DRANSFELT.—No tiene usted por qué tener miedo de mí. Y si no lo sabe usted todavía, puedo decírselo a usted. Lo sé por Ringdal.

STEINHOFF.—¿Qué es lo que sabe usted por Ringdal?

DRANSFELT.—La señorita Monsen ha dado ya el sí.

STEINHOFF.—¿Cómo? ¡El sí! ¡Y su padre ha quebrado ayer!

DRANSFELT.—El padre, pero no la hija.

STEINHOFF.—¡Que ha dado el sí! ¡En medio de un escándalo de familia semejante! ¡Una falta de delicadeza que tiene que parecer repugnante a un hombre de sentimientos refinados! Pero todo ello es una mala inteligencia. Yo no le he pedido nunca a Bastián Monsen... Que responda él de lo que ha hecho.

(Heire por el fondo.)

HEIRE.—¡Oh, tenemos gran reunión! ¡Claro, naturalmente! Hay que hacer la visita de cortesía, exhibir la ropa de domingo... ¿Puedo yo también...?

MALSBERG.—¡Gracias, gracias, viejo amigo!

HEIRE.—¡Pero, por Dios, querido! No te hagas tan ordinario. *(A Steinhoff.)* ¿Está usted aquí, joven feliz? ¡Venga esa mano! Reciba usted la expresión de la sincera alegría de un viejo.

STEINHOFF.—¿Por qué?

HEIRE.—Ayer me pidió usted que la hablase de usted de un modo equívoco...

STEINHOFF.—Sí, ¿y qué?

HEIRE.—Un verdadero placer es satisfacer los deseos de usted...

STEINHOFF.—¿Y cómo lo tomó?

HEIRE.—Como una mujer enamorada, naturalmente; se deshizo en lágrimas, pegó un portazo, declaró que no quería oír ni ver más...

STEINHOFF.—¡Oh, gracias a Dios!

HEIRE.—¡Es usted un bárbaro! ¡Sujetar a una prueba tan cruel un tierno corazón de viuda! Pero el amor es admirable...; bueno, basta. Cuando esta mañana pasé por allí, vi a la señora Rundholm rebosante de frescura y alegría que, con la ventana abierta, se peinaba el cabello dorado. Parecía una sirena..., dicho sea con permiso. ¡Oh, una mujer admirable!

STEINHOFF.—Bien. ¿Y luego?

HEIRE.—Luego se sonrió, enajenada, y sacó una carta y me gritó: «Una declaración, señor Heire. ¡Ayer me he prometido!»

STEINHOFF.—¿Prometido?

HEIRE.—Mi felicitación más cordial, joven. Me regocija extraordinariamente el haber sido el primero en poderle anunciar...

STEINHOFF.—¡Nada de eso tiene el menor fundamento!

HEIRE.—¿Qué es lo que no tiene fundamento?

STEINHOFF.—O usted ha entendido mal, o ella misma padece una equivocación. ¡Prometido! ¿Está usted loco? Ahora que Monsen ha caído, probablemente ella también...

HEIRE.—No, no, querido. La señora Rundholm está bien segura.

STEINHOFF.—Es igual. Mis pensamientos van en otra dirección completamente distinta. Lo de la carta no fue más que una broma. (*Se aleja.*)

HEIRE.—¡Sí, sí broma!

MALSBERG.—(*Que durante este tiempo ha estado hablando con Dransfelt.*) No, Dransfelt. ¡Eso es imposible!

DRANSFELT.—Le aseguro a usted que... Se lo he oído al mismo Heire.

HEIRE.—¿Qué es lo que me ha oído usted?

MALSBERG.—Oye. ¿Te ha enseñado una letra Steinhoff?

HEIRE.—Sí...

MALSBERG.—¿Y le dijiste que era falsa?

HEIRE.—Una broma inocente para confundirle un poco.

DRANSFELT.—Pero le hizo usted creer que ambas firmas eran falsas.

HEIRE.—¿Por qué razón la una y no las dos?

MALSBERG.—¡De modo que es verdad!

DRANSFELT.—(*Al gentilhombre.*) Y al oír eso...

MALSBERG.—Le dio la letra a Ringdal.

DRANSFELT.—Porque ya no podía amenazar con ella.

MALSBERG.—Y así se hace el generoso. Me engaña otra vez. Se abre la entrada en mi casa, me obliga a estarle agradecido... ¡Ese, ese...! (*Llevándose a Dransfelt aparte.*) ¿Y protege usted a un hombre semejante?

DRANSFELT.—¿Y usted?

MALSBERG.—¡Oh!... ¡De buena gana...!

DRANSFELT.—(*Mostrando a Steinhoff, que está hablando con Agnes.*) Vea usted. ¿Qué cree usted que pensarán las gentes?

MALSBERG.—Eso voy a arreglarlo yo.

DRANSFELT.—¿Qué va usted a hacer?

MALSBERG.—¡Ahora lo verá usted! (*Dirigiéndose a Felder.*) Señor doctor..., ¿quiere usted hacerme un favor?

FELDER.—Con mucho gusto.

MALSBERG.—¡Pues haga usted que se vaya aquel individuo!

FELDER.—¿Steinhoff?

MALSBERG.—¡Sí, el caballero de fortuna! Tiene usted plenos poderes...

FELDER.—¿Plenos poderes? ¿En todos sentidos?

MALSBERG.—¡Sí, hombre; sí!

FELDER.—¿Su mano en prenda, señor gentilhombre!

MALSBERG.—Aquí la tiene usted.

FELDER.—Pues entonces, ¡allá va! ¡Ahora o nunca! (*En alta voz.*) ¿Puedo suplicar a los señores presentes que me presten un momento de atención?

MALSBERG.—El doctor tiene la palabra.

FELDER.—Tengo la dicha de comunicarles a ustedes, con anuencia del señor gentilhombre, mi casamiento con su hija. (*Gran sorpresa. Agnes da un grito débil; el gentilhombre va a decir algo, pero renuncia a ello. Movimiento general.*)

STEINHOFF.—¿Casamiento! ¡Tu casamiento!...

HEIRE.—¿Con la hija de...? ¿Con tu...?

DRANSFELT.—¿No se ha vuelto loco el doctor?

STEINHOFF.—¡Pero, señor gentilhombre!...

MALSBERG.—¿Qué quieren ustedes que haga? Yo soy liberal. Voy a adherirme a la Unión de la Juventud.

FELDER.—¡Gracias, gracias..., y perdone usted!

MALSBERG.—Estamos en la época de las asociaciones, señor Steinhoff. ¡Viva la libre concurrencia!

AGNES.—¡Oh, papá querido!

DRANSFELT.—Sí, y en la época de los matrimonios. También yo puedo comunicar uno...

STEINHOFF.—¡Es una calumnia!

DRANSFELT.—De ninguna manera. El de la señorita Monsen con...

STEINHOFF.—No es verdad. ¡Que no es verdad, digo!

AGNES.—Sí que es verdad, padre. Aquí están los dos.

MALSBERG.—¿Quiénes?

AGNES.—Hertha y Helle. Allá adentro. (*Hacia la última puerta de la derecha.*)

DRANSFELT.—¿Helle? ¿Conque no era...?

MALSBERG.—¿Y aquí? ¡En mi casa! (*Yendo hacia la puerta.*) ¡Salid, hijos míos!

HERTHA.—(*Con timidez.*) ¡Oh, no, no!

MALSBERG.—Nada de falsas vergüenzas. ¿Qué culpa tiene usted de lo que ha pasado?

HELLE.—Señor gentleman, ahora no tiene hogar.

HERTHA.—¡Oh, acépteme usted en su casa!

MALSBERG.—Sin duda que sí. ¡Y gracias por haber acudido a mí!

HEIRE.—La verdad es que realmente vivimos en época de bodas. Yo puedo completar todavía la lista...

MALSBERG.—¿Cómo? ¡Tú! ¿A tus años? ¡Qué ligereza!

HEIRE.—Si no hablo de mí... Bueno, basta.

DRANSFELT.—Se ha perdido la partida, señor Steinhoff.

STEINHOFF.—¿Cree usted? (*En alta voz.*) No, yo seré el que complete la lista, señor Heire. Tengo que hacerles saber, señoras y señores, que yo también me caso.

MALSBERG.—¿Usted?

FELDER.—¿Se casa?

HEIRE.—¡Aquí está un testigo!

MALSBERG.—¿Pero cómo...?

FELDER.—¿Con quién?

DRANSFELT.—¿No será con...?

STEINHOFF.—Una alianza del corazón y de la cabeza. ¡Me caso con la señora Rundholm!

MALSBERG.—¿Con la tendera viuda?

DRANSFELT.—¡Hum! ¿Conque sí?

MALSBERG.—Pero no entiendo esto. ¿Cómo pudo usted...?

STEINHOFF.—¡Maniobras, señor gentleman; maniobras!

DRANSFELT.—Tiene, tiene talento el mozo.

BAHLMANN.—(*Mirando desde la puerta del fondo.*) Con perdón de ustedes...

MALSBERG.—Pase, pase, Bahlmann. ¿Quiere usted felicitarme también?

BAHLMANN.—¡Dios me libre! No soy tan grosero. Tengo que hablar necesariamente al señor Steinhoff.

STEINHOFF.—Más tarde; aguarde usted afuera.

BAHLMANN.—No, señor; tengo que decirle ahora mismo, sin remedio...

STEINHOFF.—¡Cállese usted!

MALSBERG.—(*A la muchacha, que se le ha acercado por la puerta del centro.*) Vaya, ¿qué pasa? ¿Por qué te ríes?

MUCHACHA.—La señora Rundholm... (*Le entra la risa.*)

VARIAS PERSONAS.—¿La señora Rundholm...?

MALSBERG.—¿Qué le pasa a la señora Rundholm?

MUCHACHA.—La señora Rundholm está ahí afuera con su novio... ¡Ji, ji!

LA MAYORÍA.—(*Todos a la vez.*) ¿Novio? ¿La señora Rundholm? ¿Pero cómo...?

STEINHOFF.—¡Qué idioteces son estas!

BAHLMANN.—¡Eso es lo que yo quería decirle, precisamente!

MALSBERG.—(*Yendo hacia la puerta.*) ¡Adelante, adelante!

(En el fondo aparecen Bastián y la señora Rundholm cogidos del brazo. Expectación general.)

LA SEÑORA RUNDHOLM.— Señor gentilhomme, no debe usted tomar a mal que...

MALSBERG.— ¡Dios me libre!

LA SEÑORA RUNDHOLM.— Pero tenía que enseñarles mi novio a usted y a la señorita.

MALSBERG.— ¡Claro que sí, claro que sí! De manera que se casa usted. Pero...

AGNES.— Pero nosotros no sabíamos... *(Hablan en voz baja.)*

STEINHOFF.— *(A Bahlmann.)* ¿Pero cómo es posible esto?

BAHLMANN.— Ayer yo tenía tantas cosas en la cabeza...

STEINHOFF.— Pero ella recibió mi carta y...

BAHLMANN.— No; la carta de Bastián. Aquí está la suya.

STEINHOFF.— ¿La de Bastián? ¿Y aquí?... *(Arroja una mirada a la dirección, estruja la carta y se la guarda en el bolsillo.)* ¡Oh, maldito pájaro de mal agüero!

LA SEÑORA RUNDHOLM.— *(A Agnes.)* Sí, señor; acepté enseguida. Debe una guardarse de los hombres falsos; pero cuando se tienen pruebas de que se va de buena fe... ¡Ah, ahí está el señor abogado! Señor Steinhoff, ¿no quiere usted felicitarme?

HEIRE.— *(A Dransfelt.)* Vea usted qué miradas furiosas le dirige.

MALSBERG.— ¡Claro que querrá, señora Rundholm! ¿Pero no quiere usted felicitar a su futura cuñada?

LA SEÑORA RUNDHOLM.— ¿A quién?

AGNES.— A Hertha. También se casa.

BASTIÁN.— ¿Tú, Hertha?

LA SEÑORA RUNDHOLM.— ¡Ah, sí! Mi novio me contó que una cierta persona le andaba pretendiendo... Que sean muy felices; y bienvenido en la familia, señor Steinhoff.

FELDER.—Si no es Steinhoff.

MALSBERG.—No; es Helle. Una elección excelente. Y a mi hija tiene usted que felicitarla también.

LA SEÑORA RUNDHOLM.—¿A la señorita? ¡De modo que tenía razón Dransfelt! ¡Enhorabuena, enhorabuena, señorita! ¡Enhorabuena, señor abogado!

FELDER.—¡Doctor debe usted decir!

LA SEÑORA RUNDHOLM.—¡Eh!

FELDER.—Sí, doctor; pues yo soy el afortunado.

LA SEÑORA RUNDHOLM.—No. ¡Lo que es ahora sí que no lo entiendo!

MALSBERG.—¡En cambio, ahora lo entiendo yo todo!

STEINHOFF.—Perdone usted; asuntos urgentes...

HEIRE.—¿Quiere usted privarnos ya de su amable persona? ¡Oh!

MALSBERG.—(*A media voz, rápidamente.*) Dransfelt, ¿cómo le llamó usted? ¿Caballero de fortuna o...?

DRANSFELT.—Intrigante.

STEINHOFF.—¡Beso a usted la mano!

MALSBERG.—¡Una palabra todavía, señor Steinhoff! Una palabra que tengo hace tiempo en la punta de la lengua...

STEINHOFF.—(*Hacia la salida.*) Perdone usted, pero tengo prisa.

MALSBERG.—(*Siguiéndole.*) ¡Intrigante!

STEINHOFF.—Beso a usted la mano. (*Se va por la puerta del centro.*)

MALSBERG.—¡Ahora se ha limpiado el aire, amigos míos! ¡Gracias a Dios! (*Dándole un golpe en el hombro a Felder.*) ¿Por fin ha abierto la boca el señor silencioso?

AGNES.—¿Cómo? ¿Sabías...?

MALSBERG.—Lo sabía todo desde el diez y siete de mayo. Os oí cuando Felder te hacía su declaración...

AGNES.—(*Tapándole la boca.*) ¡Oh!

FELDER.—Entonces comprendo la conducta de usted. Pero, ¿de qué hubiera servido el que yo hubiera hablado antes?

MALSBERG.—Tiene usted razón; antes tenían que ocurrir todas estas cosas...

SELMA.—(*Que ha estado escuchando por la derecha.*) Papá..., ahora estás contento. ¿Puede entrar?

MALSBERG.—¡Selma! ¡Tú! ¿Pides tú por él? ¿Tú que anteayer...?

SELMA.—¡Oh, desde anteayer ha pasado mucho tiempo! Ya está todo arreglado. Ahora sé que es algo más que una máquina de calcular, que puede hacer alguna vez locuras...

MALSBERG.—¿Y te alegras de ello?

SELMA.—Sí, de que pueda hacerlas. Pero no le permito que las repita.

MALSBERG.—Que entre. (*Selma se va.*)

ERICH.—(*Entra con Selma por la derecha.*) ¿Me perdonas?

MALSBERG.—(*Dándole la letra.*) No puedo ser más duro que el Destino.

ERICH.—¡Padre, hoy mismo dejaré los negocios!

MALSBERG.—No; sigue en ellos. ¡Nada de cobardías! Pero yo entro en sociedad contigo.

LOS INVITADOS.—¿Usted, señor gentleman?

ERICH.—¡Mi buen papá!

HEIRE.—¡Tú, querido!

MALSBERG.—Así ha de ser; así marchará todo bien. Y ahora podremos alegrarnos de nuevo, pues estamos libres para siempre de Steinhoff.

DRANSFELT.—¿Para siempre? Lo dudo. Después de los engaños amorosos que hoy ha sufrido, tendré que tomar una vez más el cargo de diputado sobre mis hombros. Pero ya lo verán ustedes: dentro de diez, quince años, tenemos a Steinhoff en el Parlamento o en el Ministerio.

ERICH.—O en los dos sitios.

FELDER.—¿Dentro de diez o quince años? Pero entonces no podrá estar a la cabeza de la Unión de los Jóvenes.

DRANSFELT.—¿Por qué no?

FELDER.—Porque entonces tendrá una edad bastante dudosa.

HEIRE.—Bueno, pues se pondrá a la cabeza de la Unión de los dudosos. Ya decía Napoleón que los dudosos eran la madera de que salían los políticos. ¡Ja, ja!

FELDER.—Suceda lo que quiera..., nuestra Unión debe subsistir en los días jóvenes como en los dudosos, y debe seguir siendo la Unión de la Juventud. Cuando Steinhoff fundó su Unión, dijo: «El porvenir está con la Unión de la Juventud»; eso es exacto con respecto a nosotros.

MALSBERG.—Eso creo yo también, amigos míos. Porque... la verdad es que andábamos tanteando por la oscuridad; pero buenos ángeles nos ayudaron.

DRANSFELT.—¡Hum!... Los angelitos eran de los medianos.

BAHLMANN.—¡De eso tiene la culpa la política local, señor Dransfelt!

FIN

NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

Esta edición reproduce la traducción de José Ramón Pérez Bances publicada en *Dramas de Enrique Ibsen*, tomo II (Madrid, Librería de los Sucesores de Hernando, 1915; Biblioteca Clásica, tomo CCXXXV), a partir del ejemplar digitalizado que conserva Internet Archive.

Se ha actualizado la ortografía según las normas vigentes de la Real Academia Española y se han corregido las erratas evidentes del impreso. El texto del traductor se mantiene sin otros cambios.

En el acto primero, la réplica «Va a cargo de usted, ¿no es verdad, señor Monsen?», que el impreso atribuye a Helle, se ha asignado al camarero, a quien corresponde por el sentido.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB